

Péndola

SEGUNDA ÉPOCA No. 11 INVIERNO 2010 \$20.00

NUESTRO RECINTO SAGRADO / *Maricarmen Rivera*

GARIBALDI EN COLOR ROSA / *Eduardo Ponce*

CALLE MADERO / *Erla Minerva Rodríguez*

DIMENSIÓN ESTÉTICA DEL PAYASO EN LA URBE / *Ana Luisa Vélez Monroy*

EL ENSAYO COMO INSTRUMENTO DE PARADIGMAS SOCIALES / *Yarelli Tapia*

ECLIPSE LUNAR / *Leonel Robles*

LEYENDO EL TÚNEL / *Laura Leonor*

LA JUVENTUD / *Jessica Ameyalí*

CONOCER DE MANERA INTENSIVA / *Guillermo Rojas*

LEONEL MACIEL Y SUS CRÍTICOS





Directorio

Contenido

FES Zaragoza

Dr. Víctor Manuel Mendoza Núñez
DIRECTOR

Dr. Vicente J. Hernández Abad
Secretario General

Dra. Rosalinda Escalante Pliego
*Secretaria de Integración, Promoción y
Desarrollo Académico*

M. en C. Faustino López Barrera
Secretario de Planeación

Lic. Raymundo D. García Barrón
Secretario Administrativo

Dr. Omar Viveros Talavera
Jefe de la Unidad de Desarrollo Integral

Arq. Ignacio Zapata Arenas
*Jefe del Departamento de
Actividades Culturales*

Péndola

Ignacio Zapata Arenas
Coordinador General

Leonel Robles Robles
Edición

Yarelli Tapia Cruz
Diseño Editorial

Daniel Partida López
Secretario de Redacción

Consejo Editorial

Eduardo Nasta Luna
Ángel Rueda Díaz
Héctor M. Garay Aguilera
Aura María Vidales
Maricarmen Inés Rivera
Javier Narváez
Izrael Trujillo

Editorial/Ignacio Zapata/2

Nuestro recinto sagrado/Maricarmen Rivera/3

Modos de contar/S. Hernández Padilla /7

Garibaldi en color rosa/Eduardo Ponce/20

¿Es un delito la interrupción del embarazo en la Ciudad de México?/Maura Negrete/25

La dimensión estética del payaso en la urbe/Ana Luisa Vélez Monroy/34

¿Qué identifica o califica a un trabajo humano como obra de arte?/Elsa Laura Ogaz Sánchez/41

El ensayo como instrumento de paradigmas sociales/Yarelli Tapia/44

Eclipse lunar/Leonel Robles/49

Presencia en el Zócalo/Eduardo Ponce/51

La juventud/Jessica Ameyalli/52

Celestino/Anfusfo/54

Tres (o más) historias en una palabra/Laura Leonor/55

La realidad tras el espejo/Consuelo Matias Garduño/56

Calle madero/Erla Minerva Rodríguez/57

Leyendo el túnel/Laura Leonor/58

Los artículos publicados en Péndola son responsabilidad de sus autores y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Colaboraciones e informes

Tel. 56 23 05 21

culturalesfes-z@puma2zaragoza.unam

Imagen de portada: Leonel Maciel.

Agradecemos el apoyo del Departamento de Redes y Telecomunicaciones por hacer posible la presencia de **Péndola** en la red.

Impresa en los talleres de la FES-Zaragoza.

E d i t o r i a l

Antes que cualquier otro comentario, nos gustaría agradecer a los lectores que han seguido durante estos primeros diez números de la revista *Péndola*, su paciencia y complicidad, que revestidas de generosidad han servido a los colaboradores de esta publicación como un aliciente para seguir presentes con sus comentarios.: No ha sido fácil la travesía .

Ha habido pausas, reconsideraciones, tentativas por cambiar el rumbo, aunque siempre convencidos de que el puerto es el mismo. Llegamos, pues, al número once, y acostumbrados a los ciclos, no deja de ser un festejo que cerremos el primer ciclo para inmediatamente abrir el siguiente. Los autores que comenzaron esta aventura, casi todos permanecen con nosotros, y los pocos que se han hecho a un lado no ha sido por diferencias editoriales, de contenido o por alguna otra desavenencia sino porque el tiempo y el espacio les han impedido seguir abriendo surco. Por otro lado, otros escritores han simpatizado con este proyecto y ahora forman parte de las páginas de esta revista. De modo que a modo de recuento, en cuanto a firmas se refiere, *Péndola* se ha visto enriquecida. Las mujeres, como el lector se habrá dado cuenta, se han mostrado generosas en su producción tanto ensayística, género casi exclusivo de los hombres, como creativa, síntoma de los tiempos en que la mujer se ha incorporado de lleno en las actividades culturales de un país.

El rostro de la revista, claro, ha cambiado porque es su naturaleza de todo ser vivo; la escritura logra este cometido con una publicación periódica. Así pues, el primer número se dife-

rencia de éste porque en su andar va contagiándose y fortaleciéndose, sin dejar de ser el mismo.

Amigos personales ya no están entre nosotros: escritores, pintores, cineastas, bailarines. Hemos sido testigos y hemos tratado de dar tristemente fe de dichos acontecimientos. Amigos nuestros han recibido premios, publicado libros, han emprendido proyectos editoriales, de vida; hemos saludado sus logros desde las páginas de la revista. Hemos sido testigos del afortunado juicio de la academia sueca para que a un escritor latinoamericano se le concediera el Premio Nobel de Literatura: Mario Vargas Llosa, escritor entrañable, agudo e inteligente, polémico. Una de las plumas más prolíficas y filosas de las letras mundiales, sin duda. Todo esto es contagios de la vida, de la cotidianidad, del mundo, que trascienden la vida de los hombres y que los determinan en su quehacer diario.

En su travesía la revista va recogiendo estos frutos y tratando de darle coherencia a su contenido. Es lo que nos exigimos al momento de seleccionar un texto o invitar a un escritor, no más.

Finalmente agregaremos que en este número de *Péndola* y siguiendo la línea editorial, los colaboradores reflexionan algunos, fabulan otros, acerca de la Ciudad de México como simbolismo de pertenencia, de espacios que tienen que ver con el abrazo cotidiano y casi carnal de sus experiencias vivenciales, de tiempos, perdidos, recuperados o inventados. Esa experiencia sanguínea que se vive en primera persona, que nace del interior y apunta al cuerpo, pero que traspasa la carne hasta alcanzar su plenitud, es, pues, el pretexto para saludar a nuestros lectores.

Nuestro Recinto Sagrado



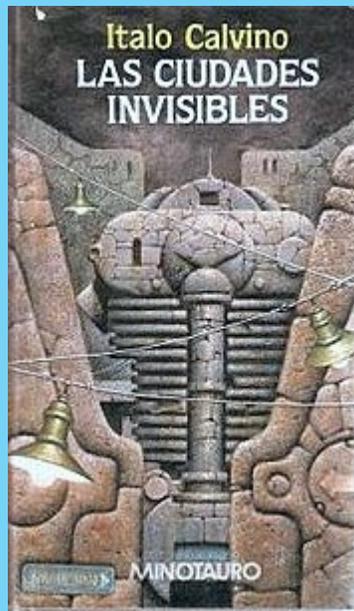
Maricarmen Rivera

Maricarmen Rivera

Todo parece de plata (...) esta ciudad está fundada en una gran laguna salada (...) Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba (...) tiene una plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca (...) Hay muchas mezquitas o casas de sus ídolos de muy hermosos edificios, de maravillosa grandeza y altura. (Hernán Cortés).

Al arribar a la ciudad de México por la carretera México- Puebla, ya de regreso de mis vacaciones decembrinas y teniendo en mente la elaboración de este ensayo, por primera ocasión pude maravillarme de la grandiosidad de nuestra urbe (cabe señalar que cuando digo grandiosidad no sólo me refiero a su cantidad de habitantes y a su extensión territorial, sino también a su esplendor arquitectónico, cultural, histórico y literario). En ese momento recordé que, hace unos años, era becaria del museo Universum y precisamente brindaba visitas guiadas en la sala Conciencia de nuestra ciudad, cuyo objetivo era conocer parte de su historia y geografía de ésta; pues bien, en dicha estancia existía una fotografía aérea de la Ciudad de México y para hacer dinámico el recorrido preguntaba a los niños sobre el lugar que sugerirían visitar a los turistas nacionales y extranjeros, aquel sitio relevante que ningún viajero podría dejar de conocer. Mi remembranza y ensimismamiento no terminó en las respuestas obtenidas en aquellos días; sino que, después de plantearme la misma interrogante que antaño hacía a los visitantes, pude darme cuenta de su complejidad.

¿Qué visitar en esta “capirucha”? La respuesta resulta difícil ya que depende de las apatías y simpatías de cada quien. Para quienes pecamos de gula y lujuria, existe un sinnúmero



de cantinas, pulquerías, bares, mercados, restaurantes; y, por supuesto, hoteles, moteles y burdeles. Los religiosos pueden visitar la catedral, las parroquias, los conventos, las iglesias, incluso el metro (en donde la virgen también hace su aparición). Para los que tienen aire de deportista, podrían gozar del Parque Hundido, de los venados, de los coyotes, la reserva ecológica de Xochimilco, el jardín botánico de Ciudad Universitaria, Los Dinamos y hasta del Bosque de Chapultepec; ahora que si quieren algo más intenso

también contamos con estadios (el Azteca, el Azul, el Olímpico), el mismísimo Palacio de los “Rebotes”, La Alberca olímpica, El gimnasio Juan de la Barrera, el Hipódromo de las Américas, la Plaza de Toros México, el Autódromo Hermanos Rodríguez y hasta la Arena México. Sin embargo, si somos personas cultas, podemos ir a varios de los muchos museos que existen según el tema de preferencia:



Arte colonial mexicano, Arte moderno y contemporáneo, Ciencia y tecnología, Historia, Literatura, Etnología y Culturas Prehispánicas; por cierto, para los estudiantes regularmente la entrada es gratuita o tiene descuento, y, para los que ya no lo somos, en algunos museos los domingos es entrada libre –aunque se saturan–. Los que gustan de la arquitectura podrán visitar el Auditorio Nacional, el Palacio de Bellas Artes, el Palacio Nacional, la Torre Latinoamericana, la Torre Mayor, el World Trade Center México y el novedoso edificio “pantalón” de Santa Fe. Aunque, si de escultura se trata, hay varias a elegir: el Kiosco Morisco de Santa María la Rivera, el Ángel de la Independencia, el Caballito, la Diana cazadora, el Hemiciclo a Juárez y, por supuesto, la Cabeza de Juárez.

Finalmente, para los que tenemos una inclinación por las zonas arqueológicas, sabemos que uno de los atractivos de la ciudad es la gran cantidad de sitios arqueológicos que se extienden por toda ella, siendo pues la única metrópolis en el mundo que puede presumir de poseer entre sus tesoros ruinas prehispánicas, legado de las civilizaciones que poblaron esta región hace cientos de años. En la Ciudad de México se pueden encontrar vestigios arqueológicos casi en cualquier parte, desde las grandes pirámides de Teotihuacan (“La Ciudad de los Dioses”) hasta un pequeño adoratorio azteca en la estación del metro Pino Suárez, pasando por la Pirámide de Cuicuilco y la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco.

Sin embargo, y sin lugar a dudas, uno de los más destacados es el Templo Mayor, ubicado en el corazón de esta ciudad a un costado de la Catedral.

Las ruinas del Templo Mayor estuvieron “escondidas” durante muchos siglos, y fue hasta la década de los 70’s, durante las obras de construcción del metro de la Ciudad de México, cuando volvió a ver la luz; desde entonces se rea-

lizan importantes investigaciones que están permitiendo conocer de manera más precisa el Imperio Azteca. Dicha zona arqueológica representa la más grande imagen de la grandeza y el poderío del imperio mexicana; y constituyen los restos de la gran Tenochtitlan, capital de los aztecas, ciudad de maravillosos palacios, grandes templos, refinamiento y riqueza, sobre la cual los españoles construyeron la actual Ciudad de México*. México–Tenochtitlan significa “en el ombligo de la Luna”, fue fundada en 1325 y amplió sus dominios hasta Centroamérica, controlando gran parte del territorio de Mesoamérica (desde las costas del Golfo de México al este hasta el Océano Pacífico al oeste).

México–Tenochtitlan significa “en el ombligo de la Luna”, fue fundada en 1325 y amplió sus dominios hasta Centroamérica.



Paisaje urbano, de Sironi (1934).

De esta manera, Tenochtitlan se convirtió en una de las más prosperas y pobladas urbes del siglo XV en el mundo. Sus calles eran amplias y pavimentadas y estaban organizadas en torno a cuatro calzadas que partían desde el centro de la ciudad hacia los cuatro puntos cardinales. En la plaza céntrica se ubicaba su recinto ceremonial, en el cual estaban varios edificios como: Huey Teocalli (Templo Mayor), Huey

México-Tenochtitlán fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1987.

Tzompantli (Templo de los muertos), Quauacalli (Templo de los caballeros águila), el Templo de los caballeros jaguar, el Calmecac (Residencia de los sacerdotes), el área del juego de pelota, Coateocalli (Casa de la culebra), Tozpalatl (Ojo de agua). Así también tenía enormes templos erigidos a: Tezcatlipoca, Quetzalcoatl, Ehecatl, Chihuacoatl, Xochiquetzal.

Refiriéndonos específicamente al Huey Teocalli (Templo Mayor), señalaremos que en su época de esplendor era un templo doble, formado por la característica pirámide trunca propia de Mesoamérica; tenía unos 60 metros de alto coronados en su cima por dos templos dedicados, el primero, a Tláloc, dios de la lluvia, localizado al norte y pintado de color azul; y el otro en honor a Huitzilopochtli, dios tutelar y de la guerra, ubicado al sur y pintado de rojo.

Dicho Templo tuvo siete etapas constructivas; pues, como señal de crecimiento, cada que había tlatoani nuevo, los mexicas edificaban nuevos templos sobre la estructura del anterior.

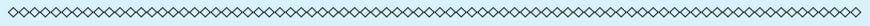
Así pues, actualmente, del primer ciclo no quedan rastros (ya que se construyó con material perecedero); de la segunda época (1428) pertenecen el chac-mool que se encuentra enfrente del templo de Tláloc y la pintura mural

alusiva a este dios. La tercera etapa (1431) se erigió durante el reinado de Itzcóatl, y se conserva la escalinata y parte del pavimento; de la cuarta (1454) sabemos que se amplió la parte delantera con una plataforma adornada con serpientes ondulantes, así como braseros con atribuciones de los principales dioses del templo, Moctezuma I era el tlatoani. De las últimas tres sólo tenemos pequeños vestigios: la quinta (1470) nos dejó la plataforma estucada; la sexta (1500) se conserva la fachada principal con un muro con tres cabezas de serpiente, y finalmente, de la séptima (entre 1500 y 1521) sólo atesoramos las lajas. Esta etapa es la que contemplaron los españoles a su llegada al Valle de Anáhuac; tras la conquista, Hernán Cortes ordenó su destrucción para así acabar con los cultos ajenos a la religión católica; posteriormente obligó utilizar sus materiales para construir en su lugar otra ciudad.

La zona arqueológica del Templo Mayor de México-Tenochtitlán fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1987. Y, aunque resulte doloroso ver las ruinas de lo ayer fue tan hermoso, atrévete a visitar esta zona arqueológica con la seguridad que de una manera u otra compartirás el mismo espacio en donde se encontraron dos mundos, el indígena y el español, y así nació nuestra cultura actual.



Magritte



* Como bien sabemos la ciudad de México se ubica en una cuenca que se caracteriza por su agradable clima y su riqueza de recursos naturales, fue una de las regiones en donde se desarrolló con éxito la agricultura, y quizá por ello comenzó a ser habitada desde tiempos remotos. Alrededor del año 1000 a.C. empezaron a florecer en las riberas del Lago de Texcoco pequeñas aldeas dedicadas en un principio a la agricultura, pero paulatinamente incorporaron otras actividades como la cerámica y el comercio. Cientos de años más tarde, la cuenca de México empezó a recibir nuevos grupos de pobladores pertenecientes a tribus provenientes del norte, que tenían como lenguaje común el náhuatl. Estas tribus se fueron abriendo paso entre los grupos que seguían habitando la región y establecieron varias ciudades que con el tiempo formarían una compleja red de centros productivos y de intercambio comercial en todas las inmediaciones del Lago de Texcoco. Algunas de ellas fueron: Azcapotzalco, Culhuacán, Texcoco, Mixcoac, Tlacopan, Teotihuacan, entre otras, pero especialmente una, la más nueva de todas, se trataba de una ciudad fundada en un islote en medio del lago, su nombre era México – Tenochtitlan.



Modos de Contar

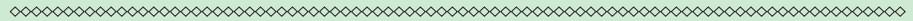
S. Hernández Padilla

En el sueño de la vida frecuentemente la realidad me despierta y remueve mis nostalgias. Si abro el álbum de recuerdos aparece la fotografía de mi abuelo paterno. Cada domingo lo visitaba en su casa. Después del tercer toquido abría la puerta y aparecía con su informal atuendo finsemanero: una gorra deportiva que, en lugar de aplacar, encrespaba hacia los lados su cabellera blanca. Pero esa indocilidad no era solamente capilar, sino un rasgo acentuado de carácter. Dedicado al comercio de calzado, había recorrido México entero. En su natal Abarca, pueblo zapatero del Bajío, no se aficionó por el palenque o las corridas de toros, como la mayoría, sino por la lectura y la buena música. Su madre, que vivió en Estados Unidos, le enseñó inglés y algo de francés.



La ciudad ideal, anónimo italiano.

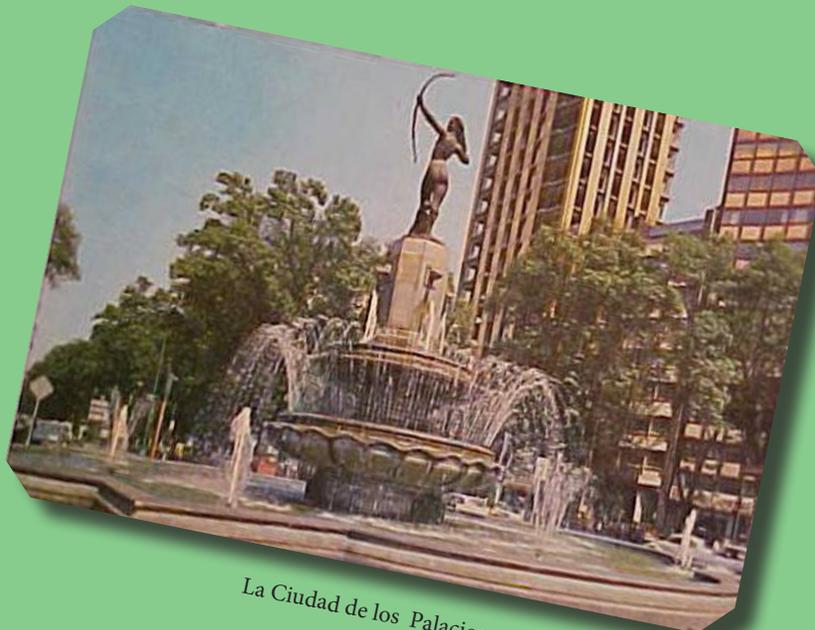
Siempre estuve encariñado de mi abuelo. Aquellas reveladoras mañanas, don Calixto, le llamaban con aprecio sus amigos, comenzaba a contarme historias de la Revolución que no venían en los libros que leíamos en la escuela. Como la aparición del cometa Halley, ocurrida meses antes del levantamiento maderista. La gente decía que dichos cometas anunciaban guerras, epidemias y hambre. Se sabía que los chinos, en cuanto tenían noticia del paso de esas “estrellas humeantes”, desempolvaban escobas para “barrer con el mal”. Pero en México, país de las desesperantes esperas y sorpresivas locuras, el Halley acompañó las noches en que a Francisco Madero, un hacendado norteño fanático del espiritismo, le dio por “comunicarse” con el Padre Celestial. Tanto anduvo Madero por las nubes que “desde arriba” recibió una orden: nada más y nada menos que desalojar del Castillo de Chapultepec a Porfirio Díaz, general ganador de batallas y medallas, y benefactor del país en jubilaria retirada que adelantó don Panchito debido a su obsesionado alucine. Madero juraba que en las reuniones de los miércoles y sábados los espíritus le decían al oído “estás llamado a prestar importantísimos servicios a la patria”. En un abrir y cerrar de ojos, su “hermanito José” lo convirtió en “soldado de la libertad y el progreso”. Después, en pleno delirio místico, comunicó a sus papás: “He sido elegido por la Providencia”. Ni tardo ni perezoso empuñó la escoba del antirreeleccio-



nismo, que una década atrás había utilizado sin éxito la oposición liberal. La etapa liberal de los Flores Magón le fue útil a Madero, sin embargo, para sacar de Palacio Nacional a don Porfirio Díaz, por su parte, interpretó la aparición del cometa, la noche del miércoles 18 de mayo de 1910, como ocasión propicia para llevar a cabo una selectiva limpia en el primer cuadro de la “gran ciudad de los palacios”, en donde se llevarían a cabo, durante el mes de septiembre, las fiestas del Centenario. El ayuntamiento de la capital se gastó una millonada para presumirle al mundo “el orden y el progreso”. Cubrió los gastos de estancia de los periodistas extranjeros para que hablaran bien de un gobierno que frecuentemente encarcelaba, desaparecía o forzaba a sus enemigos a tomar el camino del exilio, como fue el caso de los hermanos Flores Magón, opositores de la dictadura, aunque muy fanatizados por el ideario anarquista. En el historial de esos rebeldes se cumplieron infinidad de amenazas, encarcelamientos y clausuras de su periódico *Regeneración*. Huyeron a Estados Unidos para salvar el pellejo. Sin embargo, en el “país de la libertad”, se les pasaron tras las rejas por pregonar y poner en práctica sus ideas libertarias.

En México el gobierno echó la casa por la ventana para quedar bien con los invitados. Total, los gastos corrían por cuenta del erario, es decir, de los impuestos que paga la obediente mayoría sometida por una minoría habilísima en el arte del caravaneo con gorro ajeno. Y acomodando a sus “distinguidos huéspedes” en renovadas butacas de salones y de teatros, les ofreció los mejores vinos y, además, los puso a escuchar las modernizantes voces de sus comparsas intelectuales: los caudillos culturales de ese entonces, que discurrieron sobre poesía, teatro, pintura, danza, historia y literatura.

También sobre diversos deportes como el cricket, el tenis, la caza del zorro y el tiro al pichón. Tras bambalinas, la policía, a garrote limpio, desalojaba de las principales avenidas a los limosneros. A los indios, “por prietos”, se les prohibió entrar a la capital de un país con gran población indígena. Como parte de esa operación de “blanqueo”, las dos estatuas de los Indios Verdes fueron trasladadas del Paseo de la Reforma a un barrio proletario. Luego, para concluir las fiestas del Centenario, la noche del 23 de septiembre de 1910, tuvo lugar en Palacio Nacional un fastuoso baile al que asistió lo más espeso de la crema y nata. Según los periodistas de socia-



La Ciudad de los Palacios.

les, el sarao se convirtió en “cuento de hadas”, a excepción de lo ocurrido la noche del 15 durante la celebración del Grito en el Zócalo. Justo en el momento en que Porfirio Díaz ondeaba la bandera tricolor y hacía repiquetear la campana de Dolores desde el balcón central del Palacio Nacional, la muchedumbre congregada en la plaza gritaba “¡Viva Madero!”. Los porfiristas se vieron en aprietos: sudaron la gota gorda para calmar y convencer a sus alarmados visitantes de que no pasaba nada. Pero la realidad, acostumbrada a hacer acto de presencia con o sin invitación, agitó el jolgorio y las fiestas del Centenario terminaron en llovizna antirreeleccionista.

Mi abuelo contaba que a los seguidores de Madero no les fue mal económicamente bajo el gobierno de Díaz. Que Álvaro Obregón, triunfador indiscutible de la Revolución

mexicana, era un próspero granjero sonoreño que exportaba a Europa grandes cantidades de garbanzo. Pero él, como los demás miembros de la dinastía sonoreña y la naciente clase media mexicana, era sumamente ambicioso: esos grupos sentían que la elite “científica” no los dejaba avanzar hasta donde ellos querían, o sea, hasta la primera fila de luneta en el Teatro del Poder.

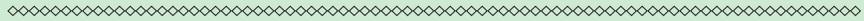
Que de 1876, año en que se inicia el Porfiriato, hasta 1910, no hubo rotación de puestos. Que durante todo ese tiempo los miembros del gabinete porfirista fueron los mismos. Basta mirar las fotografías de la época.

1876, año en que se inicia el Porfiriato, hasta 1910, no hubo rotación de puestos.

Llegaban jóvenes a gobernar y envejecían en el puesto. Por eso, luego de esperar en plateas a lo largo de 30 años, los grupos emergentes decidieron desalojar a los “científicos” del espacio del que se habían adueñado. Por el lado de la oposición radical, no fueron pocas las ocasiones en que Ricardo Flores Magón, desde las páginas de *Regeneración*, advirtió que no mejorarían los de abajo cambiando a un presidente por otro. Pero muy pocos le hicieron caso. Porque, aparte de ser un negrito en el platón del arroz criollo, el rebelde oaxaqueño era anarquista en un país de raigambre autoritaria. Total que don Panchito llegó a la presidencia, pero hizo tan mala limpieza que Victoriano Huerta, su propio general de división, lo traicionó en la Ciudadela, y desató la Decena Trágica. Madero fue asesinado y se inició la guerra civil. Todo se puso color de hormiga y en río revuelto ganaron los pescadores que tenían mejores redes. México



Tumba de Porfirio Díaz.



se volvió un caos, empezando por la capital. Cuando se desató la violencia, miles de campesinos y casi todos los hacendados abandonaron el campo. El desabasto de víveres se sintió duramente en la ciudad. Además, las constantes “voladuras” de vía férrea, efectuadas con el fin de impedir el desplazamiento de tropas, dificultó el suministro de provisiones. Tanta “revolución” en “beneficio del pueblo” convirtió pan, tortillas y frijol en artículos de lujo. Para obtener un kilo de éstos se pagaba mucha plata, y había que hacer cola varias horas. Aumentaron los asaltos en las calles y también los robos a las casas.

Las epidemias de escarlatina, viruela negra y tifo abarrotaron de muertos “La Gaveta”, el tranvía popular que recogía los cadáveres en el jardín de Loreto y los llevaba a la fosa común en el panteón de Dolores. Muchos murieron envenenados al comer carne de rata para mitigar el hambre. Cuando la gente no encontraba qué comer, se ahorcaba o deambulaba por el rumbo de la Ciudadela, deseando que una bala perdida la despertara en el otro mundo. Todo andaba de cabeza, empezando por la economía. Las tres pandillas en pugna, carrancistas, villistas y zapatistas, se disputaban la capital, y cada vez que la recuperaba alguna de esas facciones, los jefes

imprimían papel moneda para cubrir sus “gastos revolucionarios”. Había un exceso de dinero circulante: “sábanas” zapatistas, “dos caritas” y “coloraditos”. Una tarde en Abarca, mi abuelo estuvo a punto de ser llevado por la leva. Corrió sin parar hasta una zona boscosa de las afueras del pueblo. Subió a un árbol y se quedó quietecito mientras abajo pasaban los encargados de enrollar a los hombres por la fuerza. Mentira que la gente se enlistó en el ejército por ideales. Sólo unos cuantos lo hicieron. La mayoría se enroló por con-

veniencia. Ganaban más de soldados que trabajando en las fábricas o en el campo. Además, los jefes prometían “manos libres” en la toma de ciudades y de pueblos. Villistas y carrancistas se dieron gusto en la obtención de botines. Y aunque los “carranclanes” se ufanaban de ser constitucionalistas, mucha gente les temía porque no hacían otra cosa que clavar sus “quince uñas” donde quiera que podían. Y ya entrados en “la bola”, unos iban a la pena y otros a la pe-pena. Para miles de mujeres, el ejército también se convirtió en ganapan. Unas cuantas “adelitas” se fueron tras de sus “juanes” por amor y abnegación. La mayoría de ellas ofrecía a los soldados servicios de todo tipo a cambio de buena paga. Aseguraban que nada tenía de romántico andar encendiendo fogones para cocinar, fregar trastes

Tanta “revolución” en “beneficio del pueblo” convirtió pan, tortillas y frijol en artículos de lujo.



Panteón de Dolores

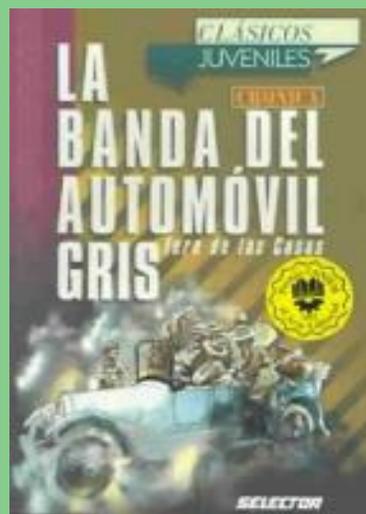
lavar ropa y en la noche complacer a su señor.

Estaba por concluir 1914 cuando las tropas de Villa y Zapata ocuparon la ciudad de México y desconocieron a Carranza. Posteriormente, en la Convención de Aguascalientes pronunciaron discursos radicales, que de ahí no pasaron. No obstante, el gobierno gringo se alarmó y envió marines a ocupar Veracruz. Ahí, los invasores esperaron a Carranza, que venía en retirada desde la capital del país. Ya en posesión del puerto jarocho, con el auxilio de los vecinos de allende el Bravo, los constitucionalistas recuperaron no sólo el aliento, sino también dinero y armas. Casi siempre por las malas, convencieron a obreros y campesinos de que villistas y zapatistas no eran su revolución. La terca necesidad, que siempre pone contra la pared las ilusiones, empujó a miles de jornaleros hacia Estados Unidos, porque en México se estaban muriendo de hambre.

Tres veces al año mi abuelo renovaba sus gavetas con nuevas muestras de calzado y se marchaba a ganarse el pan. Unas veces hacia el norte. Otras rumbo al sur. Cuando esto último sucedía, llegaba primero a México, que en aquel entonces se había convertido en permanente escenario de tragicomedias. En la capital tenía varios clientes y levantaba buenos pedidos. Pero, a partir del barullo revolucionario, las ventas habían bajado y ya no vendía como antes. Sólo los ricos que permanecieron en la capital hicieron su agosto en noviembre, lucrando con la necesidad de la gente. Pero ese gusto no les duró mucho debido a que el hampa se dedicó a robarles “revolucionariamente”. Era un secreto a voces en los cafés y cantinas que frecuentaba mi abuelo que el hampón Higinio Granda, al ser nombrado capitán por el comandante militar de la ciudad, el general Amador Salazar, organizó la Banda del Automóvil Gris.

La historia de esa pandilla se inició al anochecer del 9 de febrero de 1913, cuando los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón asaltaron la cárcel de Belén con el pretexto de liberar a Bernardo Reyes y derrocar a Madero. La intentona fracasó, pero un grupo de presos aprovechó la ocasión para fugarse. Entre ellos, Granda, quien reinició sus actividades en el robo a gran escala. Higinio conformó un “selecto grupo” de antiguos compañeros de prisión. La selección incluyó a mafiosos de la talla de Amador Bustínar, apodado el Pifas, un auténtico maestro cerrajero.

Tanto que en una ocasión el jefe de cajeros del Banco Nacional de México se quedó accidentalmente encerrado en la bóveda mayor. Entonces, los funcionarios del banco solicitaron ayuda a los expertos de la Casa Mosler. Los técnicos no consiguieron abrirla. Alarmados, los banqueros decidieron visitar al director de la cárcel de Belén para pedirle que permitiera salir al Pifas, quien cumplía una de tantas condenas. En cuestión de segundos, Bustínar abrió la hermética caja. No cabe duda —acotaba mi abuelo— que “política y delito son parientes muy cercanos. Y aunque en público se desconocen debido al qué dirán, en privado se llevan de lo mejor, salvo cuando alguien se pasa de listo y hacen ajuste de cuentas”.





Además del Pifas, Granda reunió a Rafael Mercadante, Manuel Palomar, Santiago Risco y Enrique Rubio, “niños bien” transformados en malos por cuestiones de dinero y altas pretensiones. En esto último se hermanaban con Ramón Beltrán y José Refugio Hernández, dos lúmpenes que se las daban de finos. Completaba el grupo Mariano Sansí, apodado El apache porque tenía ojos verdes, piel acanelada, larga melena y arracada en la perilla de la oreja izquierda. Era todo un galán que enamoraba a morir a las damas de la buena y la mala sociedad.

Los integrantes de la Banda del Automóvil Gris se reunieron en la cantina El Grano de Arena. Ahí, tras algunos tanteos para evitar “chivatazos”, Granda les comunicó su plan. Se sabía que los consejeros políticos de Emiliano Zapata habían puesto en práctica el cateo domiciliario, como trepa para descubrir a los enemigos de su causa y apropiarse de los arsenales que escondían los simpatizantes carrancistas.

Una vez nombrado capitán del Estado Mayor del general Amador Salazar, Higinio Granda obtendría las órdenes de cateo para entrar a las casas de los ricos a robar “amparado por la ley”. Una vez adentro de las mansiones elegidas, la banda se dedicaría a buscar dinero y joyas. Todo se inició a pedir de boca. En cada robo los hampones levantaban un inventario y aseguraban a sus víctimas que los bienes incautados serían escrupulosamente depositados en la Inspección General de Policía. Para que ahí, una vez efectuadas las “averiguaciones correspondientes”, les fueran devueltas sus pertenencias al no comprobarse la existencia de arsenales.

Después de varios atracos efectuados por la banda, el general Salazar fue informado de que un grupo de delincuentes poseía órdenes de cateo firmadas por él. De inmediato le llegó el pitazo a Granda, quien no tardó en idear otra estrategia. La banda optó por el secuestro de empresarios, nacionales y extranjeros, y también de “niños bien”: muchas se enamoraron perdidamente del Pifas, de Higinio y por supuesto de

Mariano Sansí, a quien ya le decían “el apache francés” por ser el gigoló más solicitado y cotizado.

No faltó quien pusiera al tanto de las actividades de la banda al siniestro Antonio Villavicencio, antiguo matón a sueldo al que se había nombrado jefe de la policía secreta como “reconocimiento” a su ascendente carrera de matarife profesional. A Villavicencio le informaron que en la casa ubicada en la esquina de Cocheras y Santo Domingo, en la temible Colonia de la Bolsa, podía encontrar a Higinio Granda, quien frecuentemente visitaba a Isabel León, su “segundo frente”. Hasta la casa de Chabelita llegaron varios “secretas” que se apostaron en azoteas y zaguanes. Fueron tantos los agentes enviados a realizar la captura que Granda no opuso resistencia y confesó sus fechorías. Higinio se mostró compungido y solicitó clemencia, que no le fue otorgada. La banda se dispersó. Sin embargo, más tardaron los carrancistas en recuperar la capital que Granda en escapar nuevamente de Belén. Una vez más lo favoreció la suerte, porque Francisco Oviedo, uno de sus mejores amigos, fue nombrado jefe de la “Reservada”. Así que Granda formó una segunda banda. El plan era el mismo que el anterior, salvo que ahora presentarían órdenes de cateo firmadas por autoridades carrancistas. Conforme aumentaban los asaltos, crecía el rumor de que el verdadero jefe de la banda era el general Juan Mérito, amante de María Conesa, la famosa tiple conocida como La gatita blanca, a quien obsequiaba algunas de las joyas robadas. Se rumoraba también que por encima de Mérito estaba Pablo González, general obregonista admirador de Mimí Derba.

Higinio Granda obtendría las órdenes de cateo para entrar a las casas de los ricos a robar “amparado por la ley”.

Un día, Granda comenzó a recibir cartas de un misterioso personaje que le exigía, a cambio de no ser detenido, robar las arcas de la Tesorería General de la Nación. Con pruebas de por medio, el misterioso personaje le recordaba que lo tenía perfectamente ubicado. “Consumado el golpe maestro”, los miembros de la banda, con excepción de Granda y Oviedo, fueron detenidos y “suicidados”.

Acto seguido, el voluminoso expediente judicial del Automóvil Gris se reportó como extraviado. Solamente el presidente Álvaro Obregón, y Pablo González, general de sus confianzas, conocieron el trasfondo de esa historia de política y delito.

Mi abuelo advertía que la historia tiene mucho de mentira, aunque parezca verdad. A mí me encantaba escucharlo. Sus dudas contrastaban con las inapelables certezas de mis maestros y de los libros de historia.



Francisco Villa



Francisco Villa y Emiliano Zapata.

Decía que Zapata nunca conoció la pobreza. Que fue un próspero ranchero, dueño de tierras, caballos y finos trajes de charro. No trabajó jamás como jornalero. No obstante, los campesinos de Anenecuilco, Morelos, lo admiraban porque no querían ser pobres, sino afortunados como él. Muchos labradores morelenses le confiaron sus anhelos: recuperar las tierras arrebatadas por los hacendados. Esas injusticias tampoco las conoció Emiliano, pero se compadecía de quienes las sufrían. Muy diestro para amansar caballos, Zapata se dio cuenta de que también le era posible lidiar con la gente y dirigir sus empeños. Por eso, cuando Madero se opuso a la reelección de Díaz, no le regateó su apoyo: vio la posibilidad de matar dos pájaros de un tiro: una oportunidad para que sus representados recuperaran pacíficamente sus tierras y convertir en realidad una secreta ambición: hacer carrera política. Pero Madero falló por partida doble: embrolló el asunto de las tierras con cuestiones legaloides, y en lugar de la gubernatura de Morelos, posición que ambicionaba el dirigente suriano, le ofreció únicamente la jefatura de policía de Cuernavaca. Zapata le declaró la guerra. Dedicó todo su tiempo a oposición política.



Venustiano Carranza

En ese bando, tampoco le favoreció la suerte. Sin embargo, el destino lo hizo pasar a la historia como héroe de las causas campesinas. A la gente le encanta tener mártires para luego volverlos héroes. Además de dar sentido a su vida, los mitos dan empleo a políticos y sacerdotes, que son sus mejores ejecutantes.

Cuando llegó el momento de hablar de Pancho Villa, mi abuelo opinó que, a pesar de las desmesuradas biografías y las infinitas películas que sobre él se habían filmado, el Centauro del Norte fue, en realidad, un pintoresco rufián. Era dicharachero, enamorado y simpaticón, lo mismo que despiadado y asesino. A pesar de ser analfabeta, su astucia le permitió aprender lo que todo sabe: a la gente se le entretiene y controla con un poco de pan y otro tanto de circo. Los timadores hicieron aparecer a Villa como el Robin Hood mexicano, asaltador de los ricos, dadivoso con los pobres. Pero en cada atraco, él y sus principales secuaces se quedaban con los fajos de billetes y repartían las monedas a la tropa. A diferencia de los seguidores de Zapata, que creyeron a pie juntillas el cuento de la devolución de tierras, los partidarios de Villa querían enriquecerse de la noche a la mañana. Reclutarse en la “bola” villista o carrancista resultaba buen negocio.

Se ganaba más de soldado que sembrando cosechas o trabajando en las fábricas. Para la mayoría de la gente, la tan mentada revolución no fue cuestión de idealismo sino de sobrevivencia.

Sin embargo, no faltan en todo mitote revolucionario los que ven romanticismo en donde no hay más que pragmatismo. Tal fue el caso del periodista estadounidense John Reed, quien escribió, en México *Insurgente*, las crónicas más entusiastas sobre Villa y sus ejércitos. Tiempo después, cuando lo enviaron a Rusia, ensalzó a los bolcheviques en *Diez días que conmovieron al mundo*. Pero murió desilusionado, porque las cosas ocurrieron de manera diferente a como él las había imaginado.

Las mismas reservas le tenía mi abuelo a Venustiano Carranza, porque antes de rebelarse contra Victoriano Huerta envió a sus emisarios para llegar a un arreglo. Huerta no los recibió y fue a partir de ese desaire que el Barón de Cuatro Ciénegas desconoció al usurpador. Pura ambición política. Tras la renuncia de Huerta, Carranza fue reconocido como Primer Jefe Constitucionalista. Se volvió antipático y paternalista. Le dio por presumir de aristócrata en medio de un puñado de jóvenes oficiales interesados en acrecentar fortunas.

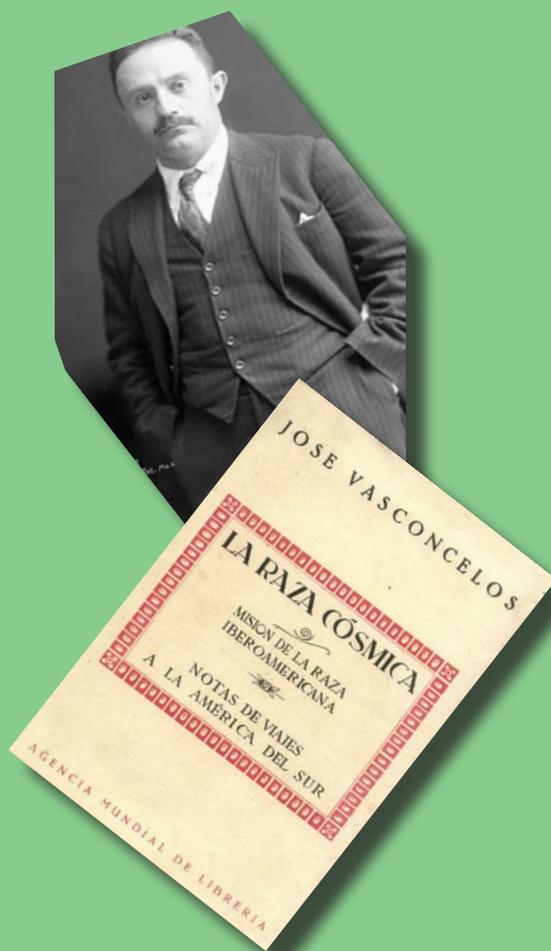


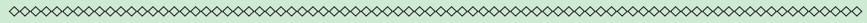
Francisco I. Madero

A Obregón y otros miembros de la dinastía sonorenses, la Revolución les dio oportunidad de poner en práctica sus elevadas ideas: trepar sin importarles el número de cabezas que debían cortar. Y, finalmente, cuando atravesaron el río, “los bárbaros del Norte” llegaron a la orilla triunfantes, aunque completamente enlodados.

Es extraña la manera en que vivía la Revolución en la mente de la gente. Sobre José Vasconcelos, mi abuelo opinaba que fue un maderista leal y sincero. Demasiado culto para un medio intelectualmente indigente. De joven, no fue oportunista como el ideólogo Luis Cabrera, ni camaleónico como la mayoría de los miembros del Ateneo de la Juventud. Sin embargo, cuando su desmesurado egocentrismo lo empujó de lleno a la política, comenzó a dar traspies. Como ministro de Educación del obregonismo, se le desató lo demagogo y, en uno de sus arranques de populismo aristocrático, editó por millares a los Clásicos, en un país mayoritariamente analfabeto. Con su filosofía ampulosa imaginó una raza que de cósmica no tenía más que el resplandor de los colores del estandarte guadalupano. Se creyó un Ulises Criollo y su aventura como candidato presidencial en 1929 naufragó en el desencanto. No obstante, logró cruzar el río Bravo. Pero en la orilla mexicana dejó vestidos y alborotados a los guerrilleros cristeros dispuestos a defenderlo contra el fraude electoral callista. El mal tiempo arreció y se convirtió en la tormenta que empapó de amargura y cinismo a Vasconcelos. A partir de entonces se dedicó a hacer humillantes antesalas ante el presidente en turno, para solicitar prebendas. Terminó como escritor a sueldo de José García Valseca, coronel y gran hampón de la prensa nacional.

Corría el año de 1922, y en uno de sus viajes a Veracruz a mi abuelo le llamó la atención un tipo a quien le decían el Monje Negro. ¡Sólo a él se le ocurría vestirse de color oscuro bajo el calor jarocho! El personaje tenía un ojo de vidrio, gran melena y barba espesa. Se llamaba Herón Proal y fue sastre hasta el día en que descubrió que tenía dotes de líder. Se dedicó a convencer, con proclamas anarquistas, a la gente de los barrios para que no pagara renta. Sus prédicas tuvieron repercusión entre la legión de los sin casa y la pequeña accesoria del mesiánico Proal se convirtió en el santuario del Sindicato Revolucionario de Inquilinos. Desde ahí, tan singular movimiento social se extendió a casi todos los rumbos de la ciudad. Llegó al Barrio de la Huaca, que era la zona roja del puerto.





Las mujeres, vueltas locas por Herón, dejaron de pagar renta y prendieron fuego a sus colchones: querían ser redimidas por el Monje Negro, prometedor de mejores cielos, a cambio de seguir pecando. Ellas serían las primeras damas que habitarían el paraíso del amor libre. Sin embargo, no faltaron los que pusieron el grito en el cielo: la tormenta de balas sembró las calles de muertos, llenó los hospitales de heridos y las cárceles de herejes. Tras las rejas, Herón Proal contempló la puesta en marcha de algunas de sus demandas a favor de los sin casa. Los siempre comedidos y lam-biscones políticos de partido juraron cumplirlas todas por órdenes del señor gobernador. Y luego se dedicaron a dar atole con el dedo a los necesitados de siempre. Del movimiento que encabezó el Monje Negro anarquista sólo ha quedado un vago recuerdo opacado por el pragmatismo oportunista de profetas ataviados con ropaje proletario. En fin, cosas que acontecen con frecuencia. Porque en amor y política, nadie sabe para quién trabaja.

De Veracruz, mi abuelo se fue a Yucatán. Y en esa remota península se enteró de la existencia de Felipe Carrillo Puerto, originario de Motul, aldea que fue el corazón de las plantaciones de henequén. Hacia finales del XIX, la exportación de esa fibra enriqueció a la llamada Casta Divina, compuesta por familias yucatecas dueñas de enormes haciendas. Mérida se convirtió en botón de muestra de una ostentación insultante. A lo largo del Paseo Montejo “los divinos” construyeron mansiones con relucientes escalinatas de mármol que sus moradores casi nunca utilizaban porque subían al segundo piso en deslumbrantes elevadores franceses. No lejos de la llamada Ciudad Blanca, en las haciendas de cultivo henequenero, decenas de campesinos enfermaban y morían de insolación, maltrato y desesperanza.

Si alguno se rebelaba, no tardaba en recibir una fatídica tunda de latigazos. En repetidas ocasiones, Felipe, el mestizo pueblerino de “los ojos verdes”, así dieron en llamarle cariñosamente los trabajadores mayas, se jugó la vida por ellos. En las noches, al escuchar un silbido, que era la señal convenida de antemano, se internaba sigilosamente hasta donde se encontraba el indígena golpeado, lo montaba en el lomo de su yegua y furtivamente se alejaba. Un día fue sorprendido y recibió 25 azotes.

Bajo amenaza de muerte lo obligaron a irse de Yucatán. Pero Felipe ya le había tomado gusto a la voluble política. No obstante, una vez derrocado Díaz, el “agitador rojo” equivocó su elección: en lugar de apoyar para gobernador al maderista José María Pino Suárez, apoyó a Moreno Cantón, un político local de gran popularidad, que resultó perdedor. La equivocación le costó cara. De nueva cuenta logró escapar y se refugió en Morelos, donde se unió a los zapatistas. Poco después, los carrancistas enviaron a gobernar Yucatán al sonoreense Salvador Alvarado, dizque para redimir y hacer justicia a los campesinos mayas. La verdadera intención era obtener impuestos de una provincia con economía boyante. La recaudación proporcionó buenas cantidades a los constitucionalistas.



José María Pino Suárez

Carrillo Puerto regresó a Motul, organizó las Ligas de Resistencia y creó un partido político. Sus problemas comenzaron cuando intentó expropiar algunas haciendas henequeneras. Pactó y desbarató mil alianzas, para continuar en la política hasta que contrajo el mal que padecen todos los políticos profesionales: prometer mucho y engañar más. Obtuvo la gubernatura de su estado natal y se enamoró de la periodista Alma Reed, “la peregrina de ojos claros y divinos”. Además de guapa, era bastante culta y tiempo después, de regreso a su país, fue una activa promotora de José Clemente Orozco. Pero con Carrillo Puerto, el caudillo más romántico y poderoso de Yucatán durante la primera veintena del siglo XX, no pudo hacer mayor cosa. Todo marchó más o menos bien durante el tiempo en que don Felipe gozó de buenos apoyos en el sur, pero cuando el olvido del centro pesó más, su poder declinó. La efímera gloria se convirtió en el infierno que concluyó el 3 de enero de 1924, fecha en que fue asesinado.

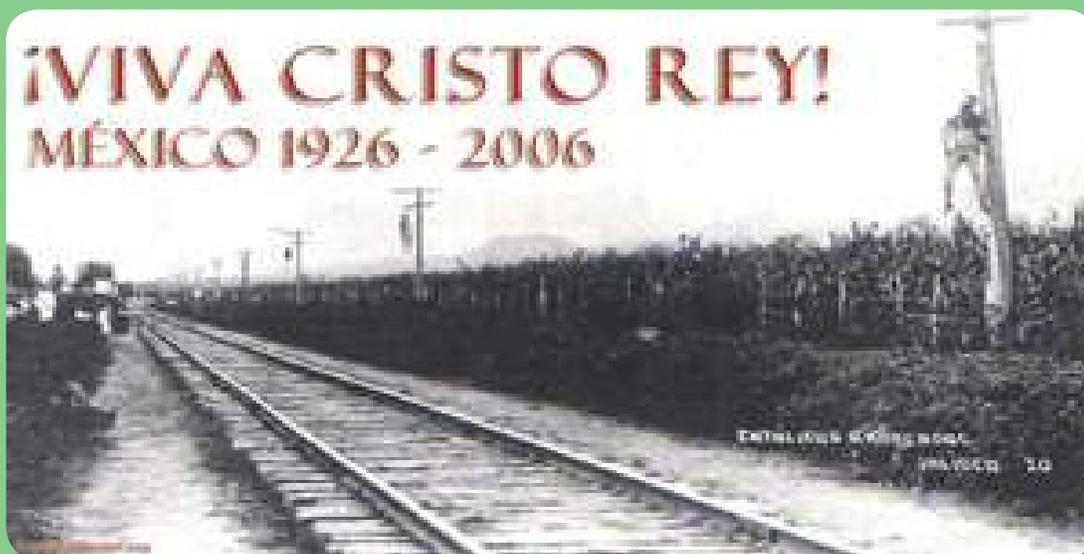


Guerra Cristera



José Clemente Orozco

La mirada de mi abuelo reflejaba indignación y tristeza cuando hablaba de la Guerra Cristera. La sonrisa se esfumaba de sus labios y la voz se le quebraba por la pérdida de familiares y amigos. Pensaba que la religión fue solamente el pretexto utilizado por los jerarcas para iniciar el conflicto. Los del bando jacobino habían triunfado con la Revolución. Pero en ese episodio la mayoría de la gente solamente había ganado desilusiones y muertos. Desconfiaban del gobierno. Y por supuesto, no lo apoyaban ni le otorgaban simpatías. Es más, las masas estaban todavía bajo la influencia ideológica de los clericales derrotados desde los tiempos de Juárez. Se encontraban agrupadas en sindicatos católicos de obreros y campesinos. Para el gobierno, dizque revolucionario, encabezado por el Turco Calles, resultaba inaplazable arrancar ese poder a su enemigo político: la burguesía clerical. Pretextaron organizar una iglesia mexicana aparte de la de Roma. Sus adversarios pusieron el grito en el cielo y lanzaron a su gente a una guerra que de antemano tenían perdida. Porque en México ninguna intentona triunfa sin el apoyo de Estados Unidos. Tiempo después, firmaron unos acuerdos de paz precisamente en el momento en que los verdaderos soportes del movi-



miento católico, es decir, los guerrilleros cristeros, de diez batallas ganaban nueve a los “pelones” de la atea Federación. Miles de campesinos se sintieron traicionados por sus líderes civiles y se negaron a deponer las armas, a pesar de la amenaza de excomunión. A lo largo de esos años, sobre todo en la región del Bajío y del Occidente, la gente que luchaba no solamente en defensa de su religión sino también por la distribución de la tierra, una de las tantas promesas incumplidas de la Revolución mexicana, soportó todas las adversidades para que, a la hora de la hora, los dirigentes urbanos, sobrados de labia para la grilla, pero faltos de arrojo y honor, les ordenaron deponer las armas. A regañadientes, algunos obedecieron.

Varios enloquecieron de decepción y masivamente se suicidaron en playas de Nayarit. Otros decidieron continuar por su cuenta y riesgo. Desde las sierras y acompañados de unos cuantos sacerdotes que no los abandonaron, prosiguieron la batalla. Bravamente se lanzaron en contra de un gobierno que hacía de la demagogia la base de su sustento. Quería imponer una supuesta educación socialista a una mayoría popular fervientemente católica.

Pasó el tiempo y esa lucha fue menguando. Las delaciones, los asesinatos y traiciones crucificaron el heroísmo cristero. Ese rescoldo de rebelión popular que llamaron “la Segunda” fue la mejor expresión de la valentía y nobleza de la gente entregada a una causa ganada para la dignidad, pero derrotada por la ambición de poder de unos cuantos. A lo largo de esos años, Florencio Estrada y sus guerrilleros se convirtieron en gente marcada: sacrificada por sus ideales y combatida por defenderlos. Antonio, un sobreviviente de esa implacable cacería gubernamental apuntó: “los cristeros eran unos lobos con una cruz en la enanca, y aquella serranía de 300 kilómetros a la redonda, un corral donde tenían que dar vueltas y vueltas”. Finalmente, fueron doblegados por la fuerza, pero no vencidos en su voluntad. Luego de ser literalmente cazados, los combatientes eran rematados mediante el tiro de gracia. A los huérfanos cristeros que iban dejando las tropas del desalmado Joaquín Amaro, los recogía su esposa Elisa Aguirre para internarlos en el Asilo de la Divina Infantita de Mixcoac. De esos hechos de doble moral se conocen varios más. Por ejemplo, en plena Guerra Cristera, la hija de Calles recibía en su casa a un sacerdote

para que oficiara misa mientras su padre, el Turco, vociferaba contra los curas. Toda esa hipocresía criollo-ladina de “la familia revolucionaria” fue sintetizada por Luis Cabrera, uno de sus principales ideólogos, cuando dijo: “en México hasta los liberales somos católicos”.

Según mi abuelo, de la Cristiada se transitó al sinarquismo: un movimiento de ciudadanos que, aparte de ser tachado de fascista por el gobierno, también recibió su respectivo baño de sangre. El domingo 2 de enero de 1946, en la Plaza de Armas de León, fueron acribillados por el ejército cientos de ciudadanos que participaban en una manifestación pacífica. De esa masacre mi padre logró escapar, aunque llegó a casa mal herido, golpeado por un soldado que un poco más y lo mata.

Mi abuelo tampoco se tragó el cuento del cardenismo. Decía que durante la presidencia de Lázaro Cárdenas lo que en verdad aumentó fue el populismo. Que la nacionalización petrolera de 1938 no sirvió para algo práctico, pero sí para acentuar la perenne demagogia mexicana. Que hasta que se descubrieron los yacimientos petroleros en el sureste, los gobiernos del “milagro mexicano” tenían que importar petróleo. Por supuesto, en la borrachera populista cardenista no faltó el paternalismo del Tata, quien cada fin de semana viajaba por el país para “ayudar a los más necesitados”. Y, sin decir agua va, descendía de su avioneta en las rancherías más apartadas. Los lugareños se quedaban boquiabiertos cuando el señor presidente sacaba del portafolios sendos fajos de billetes que entregaba sin más a los jefes de familia, quienes ni tardos ni perezosos se iban a la ciudad más cercana a gastárselo en parrandas: a los ocho o quince días no les quedaba ni tan siquiera para la cruda. En resumen, “la defensa de los pobres” siempre ha sido el gran negocio que ha vuelto millonarios, de la noche a la mañana, a los políticos mexicanos. Ayer con la novela de la Revolución y hoy con el cuento de la democracia.



Garibaldi en Color Rosa



Lo que queda del viejo Garibaldi

Eduardo Ponce

I

Habíamos bebido no más de cinco copas. Izrael, amigo imperdonable de recorridos por las cantinas del Centro histórico de la Ciudad de México, me acompañaba a terminar nuestra celebración por los martes que eran días en que muy pocos festejaban; celebrábamos pues, el gusto por la bebida en nombre de no poco pretextos. Garibaldi, cursi a más no poder, se rendía ante nuestros pasos aún firmes, aunque dispuestos a dejar de serlo. La noche exterior había desaparecido sin darnos cuenta y el brillo luminoso de un futuro prometedor acariciaba ya nuestras miradas. Caminábamos hombro a hombro hacia una cantina de mala muerte, pero que favorecía a nuestros bolsillos debido a sus poco claros orígenes. Gente seguramente había, porque siempre hay gente en los abrevaderos, pero no la veíamos.

Ni Izrael ni yo. El venía recordando una anécdota contada por Nacho Trejo, de una noche bohemia, benditas sean las noches de alcohol, en que él, Nacho, con otros amigos estuvieron declamando poemas de Jaime Sabines a unas prostitutas en otro lugar de la Ciudad, no el nuestro, me aclaró Izrael, y fue tanto el éxito que tuvieron que además de recibir las lágrimas de las prostitutas, les salieron gratis los tragos.

Yo le decía que no fue a Nacho a quien le había ocurrido ese feliz accidente, sino a Rubén Bonifaz Nuño, nuestro gran poeta, y que él mismo daba cuenta de ese hecho en no sé qué libro, y que yo la verdad le creía más a los poetas que a los críticos. Por eso digo que Izrael tampoco veía a la gente si es que la había, pues él me refutaba, haciendo alarde no sólo de la referencia verbal, sino también de la escrita en un libro de Crónicas de Nacho, de cuyo nombre ya he olvidado, y que después me dio flojera corroborar si era cierto lo de Izrael y aunque yo no estaba seguro de mi cita, le resté importancia. No veíamos entonces a nadie hasta ese momento. Pero fue en ese instante en que apareció sobre la cabeza de ese muchacho que venía acompañada de una mujer. No vi a la mujer, no vi al muchacho, vi la cabeza del muchacho, vi su adolescencia, vi su compostura, vi la firmeza de su cabeza, vi la frescura de su rostro, el brillo de la sombra que a causa de la luz se esparcía en su cara. Era un muchacho y una muchacha que bien podían llamarse María o Penélope,

II

Juan o Hamlet, no importaban porque no los vi. Voltee a ver a Izrael que aún no se enteraba de mi hallazgo, y le dije:

-¿Ya viste la gorra?

-¿Cuál gorra?

-Esa gorra. Y se la señalé con el dedo índice.

-¿Qué tiene de particular? -me dijo sin dar importancia al azul pecaminoso y al elefantito color rosa que se erigía en el centro como una invitación a voltearla para que custodiara mis pasos dando saltitos para advertirme de algún peligro.

-La quiero -le dije.

Me encabronó su risa, pues yo pensaba que no tenía derecho de reírse porque era como reírse en momentos en que descubro que mi mujer me engaña con otro más joven que yo. Sin dejar de reír, me sugirió.

-Pídesela a ver si te la regala.

Acababan de pasar justo frente a nosotros y pude ver de cerca la línea blanca que rodeaba los bordes de la gorra. No dudé más, me di la vuelta y los intercepté:

Oye -le dije al muchacho, que supongo me miró sorprendido porque yo no dejaba de ver la coquetería con que se paraba frente a mí el elefantito-, me gusta tu gorra. ¿Podrías regalármela?

-Estás loco - me contestó y siguió caminando. Yo di unos pasos apresurados y traté de arrebatársela. Imposible. El muchacho cogió la mano de su compañera y emprendieron la huida. Desanimado volví sobre mis pasos, y no sé por qué oscura razón se vino a mi mente el recuerdo de la primera mujer que me dio un no rotundo cuando le pedí que fuera mi novia.

-Siempre se aprende algo nuevo -me dijo Izrael-, no sabía que te gustaran las gorras.

-Sí -le respondí - son como colegialas a la salida de la escuela.

Él es -dijo el de la gorra del elefantito al par de policías que lo escoltaban.

Izrael se adelantó unos pasos como para protegerme, y encaró al que me señalaba, con un gesto que lo caracteriza cada que se altera: frunce la nariz y sus ojos pierden su proporción natural. Clava la mirada en su interlocutor y revienta sus palabras contra él.

-¿El qué? -dijo.

-El quiso golpearme para robarme mi gorra.

Yo traté de defenderme diciendo que ni los conocía, aunque de reojo veía la gorra que permanecía imperturbable sobre esa cabeza ahora fuera de lugar, y la imaginaba, adornando por las noches el perchero de mi cuarto.

-No chingues que por una pinche gorra te va querer golpear -me apoyó Izrael.

-No es por la gorra -aclaró el denunciante- sino por el elefantito, pero como no podía llevarse al elefantito sin la gorra, pues quiso llevarse la gorra para llevarse al elefantito.

-Vamos a la patrulla, en la comandancia aclararán todo esto -dijo uno de los agentes.

-¿De qué nos acusa, oficial? -preguntó Izrael.

-De rateros, cabrones, ¿qué no está claro?

No nos resistimos. El alcohol en estos casos te templea con una capa dorada de vulnerabilidad.



III

–Ellos no hicieron nada. Todo el tiempo estuvieron con nosotras –les gritaba una de las cuatro mujeres que estaban paradas, en firme decisión, frente a la patrulla de modo que no pudieran avanzar, a los patrulleros.

Ellos no se inmutaban, después de un momento, el que estaba frente al volante, metió reversa para poder esquivarlas, pero en una demostración de agilidad dos de ellas corrieron a cerrarle el paso. El copiloto bajó de la patrulla y las encaró:

–¿Quieren que las suba a ustedes también, pinches baratas?

–¿Por qué se los lleva si ellos estaban divirtiéndose?, ¿O qué, no a eso se viene a este lugar? –gritó la que me pareció más decidida a impedir que nos llevaran, ignorando el insulto del oficial.

–¿Son sus padrotes, verdad?

–Ése es problema nuestro. Ellos estaban con nosotras. Pueden preguntar en el Tenempa si no nos creen.

Izrael y yo presenciábamos esta discusión sin saben bien a bien qué pasaba. No conocíamos a esas mujeres que salieron en nuestra defensa. Un rápido recorrido de mi memoria me lo confirmó. Jamás las había visto, e Izreal me afirmó también su inocencia en ese sentido. Sin embargo, el coraje y determinación con que se enfrentaban a los patrulleros hacía parecer que lazos de algún tipo nos vinculaban con ellas. No me sentí mal al estar siendo defendido, es más me gustó. Mi mujer seguro lo hubiera hecho también, pero por el bienestar económico y su comodidad, no por un amor que hace mucho había dejado de sentir por mí, ¿pero ellas?

–¿No las conoceremos Izra –le dije, esperando que él me dijera: “¿ya no te acuerdas, verdad?, son Isabel y sus amigas, sin embargo respondió:

–¿Tú crees que esos cuerpos los hubiera olvidado?

Era verdad. Nuestras noches de parrandas terminaban frecuentemente en compañía de mujeres. Pocas veces con amigas o compañeras de trabajo, los tragos traían esa suerte de aventura donde la lengua se vuelve una ligera cómplice ablandada por lo saludable del alcohol. Quienes nos defendían reunían los atributos que las noches, siempre generosas, nos permitían hacer alarde de la conquista. No más de veinte años, con la discreta sobriedad en su forma de vestir de modo que no parecieran mujeres del comercio carnal ni niñas ensayando una libertad recién prestada. Había en ellas, sin embargo, un contraste curioso: sus ojos eran una parte separada de sus cuerpos. Se presentía en la forma que veían a los policías el peso de un odio fuera de lugar. El movimiento de sus cuerpos y sus ademanes eran hasta cierto punto elegantes, ribeteados de esa sobriedad que las buenas costumbres suelen acunar en sus protagonistas. Me estremecí. La literatura me trajo un sentimiento de realidad y ficción. Me pareció que la literatura estaba muy cerca de tender un puente con lo real.

–¿Qué hacemos? –le pregunté ingenuamente a Izrael.

–Esperar, ¿qué otra cosa podemos hacer?

–¿Y si nos escapamos ahorita que están distraídos? –para esos momentos, el segundo policía ya se había agregado a la discusión, que ya resultaba una conversación confidencial, pero de la cual no formábamos parte.

–Ni se te ocurra porque si nos atrapan nos chingan.

–Oye, Izra, ¿y mi elefantito? –le dije cuando me di cuenta que la pareja que me había acusado de intento de robo no estaba.

IV

–Alégrate –me contestó– si no hay quien nos acuse no hay delito.

Me dio gusto de que Izrael se sintiera parte del problema que yo había ocasionado. Pero también pensaba en que era injusto que estuviéramos padeciendo las consecuencias de algo que ni siquiera había sentido como mío. Vi las gorras de los policías sobre sus cabezas y me imaginé a un par de hipopótamos. No, no los imaginé, los vi moviendo sus patas delanteras e inclinando sus cabezas a manera de saludo. Nos van a aplastar ahora que regresen, pensé.

Y sí, venían hacia nosotros con un acompasado ritmo entre animal y humano. Yo me pegué hacia el cuerpo de Izrael como una forma de protección. “Nos van a aplastar”, musité.

–Bajen –ordenó uno de ellos mientras abría la puerta.

–¿Nos podemos ir? –preguntó apresuradamente Izrael.

–Sí, lárquense.

–Ya ve, le habíamos dicho, mi comandante, esa gente quiere estropearle a uno la noche.

–No los quiero ver por aquí.

–Ni falta que hace –contestó Izrael, seguro de sí mismo.

Dimos unos cuantos pasos, decididos a corresponderles a nuestras abogadas el favor. Las buscamos con nuestras miradas, pero habían desaparecido abruptamente de la misma forma en que habían aparecido. Decidimos buscarlas, sin hacer caso a los policías de su advertencia, por los tugurios de Garibaldi. Nada. Habían desaparecido. Nos quedamos a desquitar nuestro coraje en una cantina de mala muerte, y elegimos al par de prostitutas más feas que acechaban el lugar en busca de quien les invitara unos tragos.

Nos sentíamos ya cansados cuando decidimos ir a un hotel. Era la plena madrugada, pero creímos conveniente aterrizar la noche con otros tragos y las mujeres que esperaban una orden nuestra para acatarla. Cuando escucharon que estaban dentro de nuestros planes sonrieron entre una especie de alivio y protección.

Estábamos apenas acomodándonos en el cuarto de hotel cuando Izrael, me dijo:

Espérame hermanito –era la primera vez en esa noche que usaba tal diminutivo–, no tardo, necesito cerrar un negocio, al tiempo que abría la puerta y la cerraba inmediatamente tras de sí.

Me quedé viendo por un momento la puerta cerrada y luego al par de mujeres que al mismo tiempo me veían como diciendo: ¿Y ahora qué hacemos?

Sin darle mayor importancia se sentaron en la orilla de la cama, y una de ellas estaba disponiendo de la botella de una marca corriente de ron. Me alcanzó un vaso y yo también olvidé el asunto. Estaba claro que en esas condiciones y teniendo dos mujeres a mi lado, aun cuando he presumido de buen amante, en esa ocasión me declaraba incompetente.

La más joven se me acercó y comenzó a acariciar mi cabello. La hice a un lado, de mala gana, y le dije, dirigiéndome a las dos:

–¿Quieren cama o quieren seguir bebiendo? Sólo una cosa porque no quiero alevosía y ventaja –previniendo que me contestaran que ambas.

–¿A poco tienes problemas con la parálisis?

–Ningún problema, ustedes los van a tener si insisten en revolcarse conmigo.



–Sólo queremos pagar, no más –dijeron al mismo tiempo mientras se levantaban la falda para enseñar unas críticas piernas de pan crudo.

Hice todo lo posible. En asuntos mayores pongo siempre mi mejor esfuerzo. Pero no recuerdo más. Me quedé dormido.

Horas después, me desperté sobresaltado. Puse en orden mis pensamientos y me vi solo. No había nadie. Busqué mi pantalón e indagué en mis bolsillos. Ahí estaba mi cartera con dinero. No sé si me robaron, pero al menos no se habían llevado todo.

Pensé en Izrael, y sus misterios. Nuevamente le resté importancia. Me levanté y me vestí. Bajé a entregar la llave a la recepción.

Estaba por abandonar el hotel, cuando la recepcionista me gritó:

–Oiga, hay un paquete para usted.

–¿Para mí?

–Sí, el velador me encargó que se lo entregara.

En efecto, era un paquete envuelto en papel periódico. Lo palpé, y supe de qué se trataba.

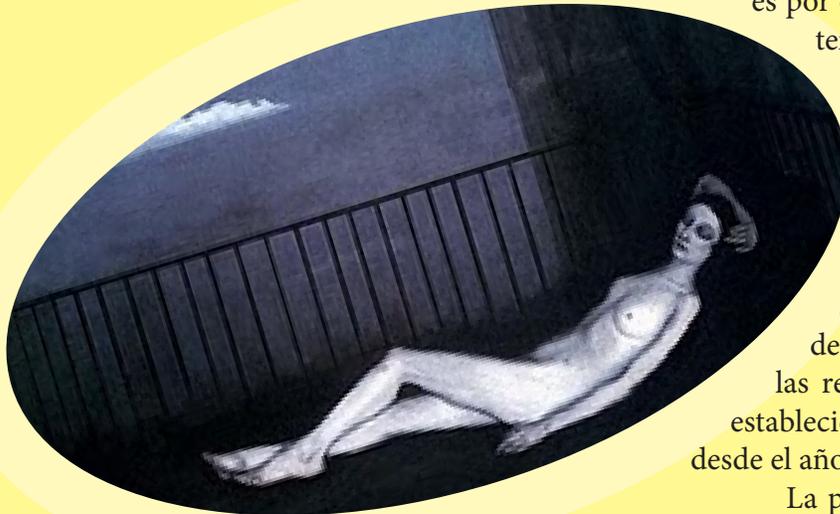
–Está equivocada, no soy yo –le dije a la recepcionista al tiempo que ponía el paquete en el mostrador.

Sobre la plaza Garibaldi caía ya de lleno el implacable sol del mediodía.

Yo imaginaba a Izrael corriendo como loco buscando a la pareja para conseguir el elefantito rosa.



¿Es un delito la interrupción del embarazo en la Ciudad de México?



Romaine Brooks

Maura Negrete

Dicho tema en la actualidad es un fenómeno que ha provocado grandes controversias en la sociedad civil de la Ciudad de México, ya que recientemente el impulso feminista organizado ha logrado, a través de iniciativas, que se ponga en la mesa de debates este asunto para su análisis y prever sus posibles consecuencias.

De esta manera, las mujeres de la ciudad de México que impulsan estas reformas se convierten en sujetos políticos que impulsan políticamente un proyecto emancipador que venía proyectándose desde los años setentas,

es por esto que la controversia del tema del aborto se inicia a partir de diferentes miradas de grupos conservadores, religiosos, el gobierno y las mujeres, pero en este caso me enfocaré al aspecto jurídico del aborto como derecho a decidir de la mujer a partir de las reformas legales que se han establecido en la Ciudad de México desde el año 2007 a la fecha.

La problemática se presenta en el momento que la sociedad mexicana manifiesta sus múltiples maneras de enfrentar el tema del aborto, puesto que hasta la fecha se observan duros debates de los que es difícil llegar a un acuerdo colectivo, a pesar de ello, se han establecido en nuestra ciudad, reformas y adiciones al Código Penal y a la ley de Salud del DF, que lejos de solucionar el debate, parecería que lo impulsara, pues en la discusión sobre el aborto intervienen diversas consideraciones de tipo éticas, morales, legales, religiosas, de salud y sobre todo de derechos humanos.

Los abortos clandestinos e inseguros son la tercera causa de muerte en la Ciudad de México y la quinta en toda la República.

Artículo 16 Bis 8. La atención de la salud sexual y reproductiva tiene carácter prioritario. Los servicios que se presten en la materia constituyen un medio para el ejercicio del derecho de toda persona a decidir de manera libre, responsable e informada sobre el número y espaciamiento de los hijos.

Para los efectos de este código el embarazo es la parte del proceso de la reproducción humana que comienza con la implantación del embrión en el endometrio.

Por ello antes de las doce semanas, ya no se llama aborto, se llama interrupción legal del embarazo ilegal. Se ha discutido en cuanto a la cuestión de que si la ILE constituye un delito, en la actualidad gracias a los adelantos científicos en lo que se refiere a la biogenética y la biomedicina permiten la comprensión del desarrollo del embrión, se confirma que efectivamente existe una nueva vida a partir de la concepción, pero a esta aún no se le puede considerar ser una persona por las razones que se exponen a continuación:

Para la Organización Mundial de la salud (OMS) el embarazo comienza desde la implantación del embrión en el útero, que se presenta una semana después de la fecundación; de igual manera el Colegio de Bioética afirma que el embrión de 12 semanas no es un individuo biológico ni mucho menos una persona por los siguientes motivos:

a)-Carece de vida independiente, ya que es totalmente inviable fuera del útero.

b)-Si bien posee un genoma humano completo, cualquier célula u órgano del organismo adulto, también cuenta con un genoma completo.

c)-A las 12 semanas el desarrollo del cerebro se encuentra en sus etapas iniciales y aún no se ha desarrollado la corteza cerebral, ni se han establecido conexiones nerviosas indispensables para que puedan existir las sensaciones.

d)-Se ha comprobado que el embrión de 12 semanas de gestación no es capaz de experimentar dolor, ni ninguna otra percepción sensorial y mucho menos de sufrir o gozar.

Tomando en cuenta estas investigaciones científicas se puede afirmar que la ILE, durante las primeras doce semanas de gestación no constituye un delito, se trata entonces de un conflicto de valores en los que es necesario superar los prejuicios, puesto que la maternidad implica que las mujeres se hagan cargo de acoger una vida, sostenerla, educarla, desarrollarla etc.

La ILE, durante las primeras doce semanas de gestación no constituye un delito.

lo mínimo que se requiere es que cuenten con la disposición, el ánimo, la voluntad y el amor necesarios para poder cumplir con esta tarea.

En lo que se refiere a las reformas aplicadas al código penal del DF, el artículo 144 refiere que “aborto es la interrupción del embarazo después de la decima segunda semana de gestación”. Ante la despenalización del aborto, ninguna mujer puede ser juzgada por ejercer un derecho que se ha establecido en el DF, pero tiene que ser muy cuidadosa del plazo con el que cuenta para poder practicarse un aborto legal, puesto que después de los tres meses de embarazo, ya constituye un delito.

El artículo 145, establece las sanciones que se aplican a quienes consientan el aborto después de las doce semanas de gestación, en este caso el aborto ya se considera un delito y se sancionara una vez que se haya consumado, en este se establece como culpables no sólo a la mujer que se practica un aborto extemporáneo, sino también a quien la induzca a abortar.

Por su parte el artículo 146 refiere acerca del aborto forzado, contra la voluntad de la mujer, establece penas de 5 a 8 años de prisión, pero esta pena aumenta si al obligar sin su consentimiento a abortar a la mujer, esta sufre de daños físicos o morales, en este caso se alcanza las máximas penas que van de 8 a 10 años de prisión.

El gobierno protege a las mujeres que de alguna manera son obligadas a interrumpir sin su consentimiento el embarazo.

-Garantiza a toda mujer que las solicitudes de interrupción legal del embarazo sean atendidas en las clínicas de salud del GDF, sin costo alguno y le permite al médico la objeción de conciencia, es decir si el médico por voluntad propia no quisiera practicar el aborto, nadie puede obligarlo y por lo tanto no habrá sanciones en su contra.

Se reconoce la autoridad moral de las mexicanas, es decir se respeta su autonomía y autodeterminación para asumir la responsabilidad de sus propias decisiones a partir de ejercer la libertad de conciencia en los asuntos de moral personal.

-Se reconocen los derechos fundamentales de las mujeres a decidir sobre su reproducción, establecidos en el artículo 4° de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

-La Ciudad de México se convierte en la primera ciudad latinoamericana en legalizar el aborto además de ofrecer los niveles más altos de protección de los derechos de las mujeres, establecidos en los acuerdos internacionales de derechos humanos como los acuerdos surgidos en las reuniones mundiales del Cairo y Beijing.

-Las siguientes cifras dan cuenta de la aceptación que estas reformas han logrado a partir de su implantación en la ciudad de México, pues demuestran la confianza y gran demanda por parte de las usuarias:

En lo que se refiere al análisis de la interrupción del embarazo como el ejercicio de libertad de conciencia y el derecho a decidir de las mujeres en la ciudad de México, los grupos feministas afirman que la autoridad moral de las mujeres para tomar dediciones autónomas y responsables en todos los aspectos de sus vidas, no se discute, se plantea que cada mujer tiene libertad de conciencia propia; en

Cifras de interrupciones en el DF

En tres años casi 40 mil mujeres accedieron a una interrupción legal del embarazo (ILE).

Del total, 5.3% fueron menores de edad.

El 20% llegó del Estado de México

y 2.7% de otros estados de la República.

El 84% de esas mujeres se declaró católicas;

16% era casada,

25% en unión libre y

56% soltera.

El 20% de las mujeres son universitarias,

30% tiene preparatoria completa

y otro 30% completó la secundaria.

El 39% eran amas de casa;

el 27% estudiantes y el resto declaró tener

alguna otra ocupación (profesionistas, empleadas, comerciantes).

La mayoría de las interrupciones 70% por ciento se realizó sólo con medicamentos.

En porcentajes bastante pequeños hizo falta completar el procedimiento en hospitales y centros de salud públicos.

El 1% presentó alguna complicación que se solucionó adecuadamente 1.



“Yo que viví la situación de practicarme un aborto, me doy cuenta que es muy bueno que muchas otras mujeres hayan logrado que fuera legal y seguro y desde entonces me identifico plenamente con esta causa tanto que siempre que se llevan a cabo marchas o mítines a favor del aborto yo participo, por eso te platiqué mi caso porque cuando tenemos ese problema uno no sabe qué hacer, se te cierra el mundo y piensas que estás sola, pero afortunadamente me asesoraron en el Instituto de las Mujeres de la Ciudad de México y ahora de ahí no salgo, voy a todas las reuniones, siento que me comprendieron en un momento difícil y ahora quisiera ayudar a otras que se encuentran en mi situación”.

Analizando el caso de Ana, ella claramente nos relata la coyuntura personal que la llevó a decidir practicarse un aborto, su experiencia no tiene mucha diferencia con lo que puede sucederle a cualquier otra mujer en la Ciudad de México, el practicarse un aborto lleva consigo muchos prejuicios internos, que fueron adquiridos por el orden social establecido y que se reproducen, en este caso en la figura de la madre de Ana, quien

tiene una postura ante el aborto que se contrapone con la de Ana, la primera está en contra y Ana a favor; ella, al igual que muchas mujeres, se identifican ante la problemática de no asumir la maternidad como una forma de vida y una imposición social, no quieren seguir esos papeles sexuales que surgieron a partir de la división del trabajo basados en una diferencia biológica: como lo es la maternidad, esos papeles que marcan la diferencia en la participación en las instituciones sociales, económicas, políticas o religiosas que integran aptitudes, valores y expectativas en una sociedad a partir de la idea construida de lo que es masculino o femenino. Ana no quiere seguir el rol social que se le ha impuesto, rompió con él y afrontó las consecuencias, puesto que privilegio sus planes de vida.

Sabemos que la identidad de género es una construcción social, entendiendo por género como la clase a la que pertenecen las personas o las cosas; las personas se clasifican de acuerdo a la especie en género masculino y femenino, de esta manera la idea de lo que es ser macho o hembra en nuestras sociedades, surge a partir de la idea de que los sexos tengan una asignación diferente desde la niñez y ocupaciones distintas, pero como Stoller afirma: lo que determina la identidad y el comportamiento de género no es el sexo biológico, sino el hecho de haber vivido desde el nacimiento las experiencias ritos y costumbres atribuidos a cierto género por lo que llego a la conclusión que la asignación y adquisición de una identidad es más importante que la carga genética, hormonal y biológica.

De esta manera todas las personas desde sus primeros años aprenden su estatus sexual y los comportamientos apropiados a ese estatus que concibe lo masculino o lo femenino.



Terminaré comentando que en cuestiones de género, "en todo lo que tiene que ver con la vida política y económica no se recorre el camino fácilmente, ser hoy una mujer es una tarea muy difícil, ya que la batalla principal no es por nuevos logros, sino por no perder lo que se ha ganado".



BIBLIOGRAFÍA

- <http://www.cimacnoticias.com/site/08022201-Endebles-argumentos.32186.0.html> consultado 19 de enero del 2011.
- Mejía María consuelo, La alianza nacional por el derecho a decidir, una estrategia conjunta para incrementar el acceso de las mujeres al aborto legal y seguro. En Revista conciencia latinoamericana, vol.XIV, N° 11. Julio 2007. México. PP. 41-44
- Luis Pérez Aguirre "aspectos del aborto inducido", en www.despenalizaciondelaborto.org.com. Consultado 18 de enero 2011.
- Lamas Martha, La antropología feminista y la categoría de "genero": la construcción cultural de la diferencia sexual, ed. Porrúa, 1996
- Stoller, macho y hembra. Ed. Tiempo Nuevo, Caracas, 1981.p 100
- Molineux Máxime, Movimientos de mujeres en América Latina. Estudio teórico comparado, Universidad de Valencia. Madrid, 2010, 113p

La dimensión estética del payaso en la urbe



Ana Luisa Vélez Monroy

Ana Luisa Vélez Monroy

La presencia del payaso en el arte contemporáneo es un símbolo relevante que se ha empleado en todas las expresiones artísticas como personaje que denota la comedia y tragedia. Sin embargo, va a adquirir otros matices a través de su participación nómada en las zonas de la ciudad, dimensión estética que lo hace diferente en el gremio, al momento de no formar parte de un circo y de no incorporarse a medios televisivos, siendo una búsqueda constante de él mismo que va más allá del espacio y tiempo. Dimensión que envuelve al personaje en un mundo onírico, donde permean las cuestiones sociales.

La participación del payaso en las calles de la ciudad es muy significativa creando una atmósfera mágica como parte del escenario urbano. En el centro histórico encontramos la imagen del clown deformado que se transfigura a través de un hombre vestido con ropa de la vida diaria, una peluca y un maquillaje que nada tiene que ver con el payaso tradicional,

sólo percibimos que intenta serlo por las líneas que sobresalen en sus comisuras y que sonríe ante la cámara. El personaje de edad avanzada es símbolo del payaso vagabundo. Es parte de la atmósfera urbana, se dedica a ser payaso, o intenta serlo, porque le agrada divertir a las personas al ritmo de sus sonajas. Para Octavio Paz las sonajas son símbolo de magia que utilizaban los ancestros en la danza y ritos para invocar y comunicarse con las divinidades. Este payaso las emplea para darle ritmo musical a los pesares cotidianos y divertir a los transeúntes, en su condición de marginado.

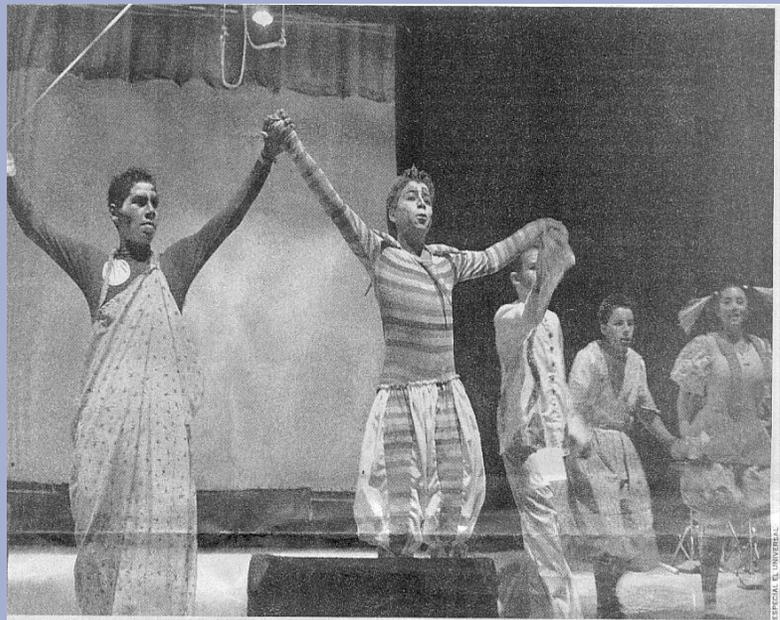
En apoyo a la marcha que organizó La otra campaña en el 2006, advertimos que el personaje toca las sonajas en solidaridad y al ritmo de las exclamaciones de los manifestantes. Diariamente emplea uno de los tantos vestuarios de payaso para la venta de chicles y dulces a las personas que transitan la calle Madero.



De igual manera es la imagen de los chicos que pertenecen a grupos de recuperación social y que a través de programas voluntarios se integran a colectivos de teatro, talleres y cursos de clown, ante el sucumbir en las drogas y alcoholismo. Sus presentaciones las efectúan en instalaciones del albergue o, en su caso, en foros públicos. Su vestuario se compone de sábanas, colchas y productos reciclados, dando origen a sus personajes a través del ingenio y creatividad. Lo importante de esta imagen es que retrata o evidencia la reintegración social de adolescentes que no encuentran un lugar en la sociedad, debido a las pocas oportunidades que tienen actualmente, y menos si no cuentan con un sustento familiar. Presencia de payasos “tramp” que sugieren en sus rostros melancolía y sufrimiento como respuesta a las desigualdades sociales, siendo una paradoja a la alegría y motivación sus actuaciones a través de una proyección sentimental, características fundamentales de los recursos estéticos del payaso.

La proyección sentimental, según la filosofía alemana, es la interpretación del yo ajeno según nuestro propio yo; vivir sus movimientos, sus gestos, sus sentimientos y sus pensamientos; vivificar, animar, personificar los objetos desprovistos de personalidad, desde los elementos formales más sencillos hasta las manifestaciones más sublimes de la Naturaleza y el Arte; erguirnos con una vertical, extendernos con una horizontal, enrollarnos con una circunferencia, gemir como el viento, derramarnos con un arroyo.

Otro ejemplo son los niños de la calle que por diversas problemáticas sociales y culturales se visten de payasos para lograr complacer al público vial a través de malabares y piruetas al aire que efectúan en los cruceros de la ciudad. Algunos hacen uso de elementos más sofisticados para dar un mejor espectáculo al transeúnte. En la imagen se aprecia a dos payasos con el típico traje a rayas y cuadros, los característicos zapatos y nariz del payaso Augusto. Ambos están posados en una escalera que los hace llegar al cielo donde experimentan una serie de malabares, logrando un equilibrio excepcional que cautiva al público. Proyectan una gran concentración en sus movimientos corporales, esculturas posadas en diferentes niveles, jugando con sus clavos como danzantes que realizan un ritual invocando a la deidad celeste, pidiendo ayuda y protección.





El escenario a base de cables de luz, es toda una instalación de arte delimitada por un escenario de edificios y autos que envuelve a los artistas, sugiriendo una sensación de proporción con dimensiones extraordinarias como parte de la estética urbana.

Al respecto Carlos Fuentes realizó un coro a las madrecitas callejeras donde describe a los niños de la calle como los tragafuegos que se maquillan de payaso, resultado de la vida miserable y marginada del sistema neoliberal.



Coro de las madrecitas callejeras

Equisita parió en la calle
La mitad de las niñas de la calle están embarazadas
Ellas tienen entre doce y quince años
Sus bebés tienen entre cero y seis años
Muchas tienen suerte y abortan porque les dan
una madriza
Que el feto sale chillando del miedo
¿Es mejor estar adentro o afuera?
Yo no quiero estar aquí mamacita
Échame mejor al basurero madre
No quiero nacer y crecer cada día más pendejo
Sin baño madrecita sin comida madre
Sin más alimento que el alcohol madre
marihuana
Madre
Thinner madre resistol madre cemento madre
cocaína
Madre
Gasolina madre
Tus tetas rebosantes de gasolina madre
Echo llamaradas por la boca que mamé madre
Unos centavos madre
En los cruceros madre
La boca llena de la gasolina que mamé madre

Niños que se disfrazan de payasos y hacen uso de cruceros viales para realizar malabares, o simplemente se maquillan el rostro pasando cerca de los autos pidiendo una moneda para subsistir. La situación desigual le impide vestirse adecuadamente, condicionándolo sólo a ser un payaso de crucero del que sólo se burlan, ríen, o en ocasiones pasan inadvertidos ante los ojos de los espectadores. A pesar de querer ser “payaso” su simple apariencia no le permite impactar al transeúnte a través del juego de seducción que emplea el personaje.



La fuerte presencia estética del niño de la calle transformándose en payaso es una de las tantas manifestaciones que se observan en todos los puntos de la ciudad. La imagen de Luis Humberto González (2002) proyecta a un niño que se maquilla de payaso, haciendo uso del espejo lateral de un auto, puede ser en cualquier calle de la urbe. Acompañado de otra niña que sonríe al verlo y lleva en su mano una lata de coca cola signo del consumismo imperante. Par de payasos que disfruta el momento, es un placer maquillarse como parte de la vida cotidiana, aunque paradójicamente, sean personas marginadas por no contar con un sustento o alguien que responda por ellos. De ahí que la estética social de la imagen sea el resultado de todo un fenómeno que se ha venido gestando desde los años 30. Niños que son payasos por las determinaciones sociales, o por el gusto que les produce ser un artista callejero.

En contraposición, en la imagen (2) se repite la postura objetual en el manejo del espejo lateral por un artista que lo usa para maquillarse, aquí cambia notablemente la expresión, él se mira con asombro por su caracterización, o tal vez está ejercitando la gestualidad para el momento de salir a escena. Este actor forma parte del grupo Cirkón de origen suizo y una de sus teorías en la actuación es: “Nos cansamos de llevar una vida pequeña y de tener grandes sueños, así es que pisamos el acelerador, con el fin de vivirlos”. Su obra principal titulada La Creación parte del concepto de que todo proviene del caos.

La teoría del caos va orientada hacia las actitudes, comportamiento y atuendo del payaso “tramp”, el cual simboliza inconformidad y transgresión de las normas sociales, haciendo uso de elementos nuevos o creados por él mismo, como signo de libertad.



Imagen 1



Imagen 2

Esta libertad se manifiesta en sus actuaciones, el maquillaje con elementos de vanguardia, que van desde la concepción del clown punk- “Creo que lo que nos dio el punk fue que podías acabar con todo y empezar de nuevo, o decidir quién querías ser: un nombre nuevo, unos zapatos nuevos, una forma de ver el mundo. Todo era posible, y el único límite era tu imaginación” y en general en sus números, que va relacionada con el juego. El juego, en la evolución de la vida, es un principio de liberación, como lo vio Schiller; pero delata su origen animal y biológico.

Se percibe que trae una camisa y pantalones de manta con los característicos huaraches que nos hace conceptualizar un payaso de tintes patrióticos y nacionalistas por los colores que remiten al símbolo patrio, con la nariz roja y el maquillaje. Es tan atrayente al espectador que las personas lo admiran con asombro y alegría cruzando una de las calles aledañas al Monumento a la Madre, después de la cesión del Congreso de Payasos. Dicho evento representa una parodia a las sesiones plenarias del Congreso de la Unión, órgano político y jurídico donde se discuten y solucionan propuestas sobre la problemática del país. Si existe un Congreso para establecer normas jurídicas, políticas y sociales, ¿por qué no ha de tener el gremio de payasos una congregación donde se discutan temas sobre el humor y la risa?



BIBLIOGRAFÍA

- Caso, Antonio. Principios de Estética. México, SEP, 1925. 227 p.
Fuentes, Carlos. Todas las familias felices. México, Alfaguara, 2006.
Paz, Octavio. Los privilegios de la vista. México en la obra de Octavio Paz III. México, FCE. 1987.
Invasión de clowns en medio del ajeteo de usuarios en el Metro La Raza. La Jornada, 13 de julio 2006. p.7.
En el mundo mágico la comunicación y, en consecuencia, la metamorfosis, se logra por procedimientos como la imitación y el contagio. La sonaja encierra semillas que, al chocar unas con otras, imitan ruidos de la lluvia y la tormenta... Octavio Paz. Los privilegios de la vista. México en la obra de Octavio Paz III. México, FCE, 1987. p.111
Caso, Antonio. Principios de Estética. México, SEP, 1925. 227 p
Carlos Fuentes. Todas las familias felices. México, Alfaguara, 2006. p.46
Op. Cit. Antonio Caso. p. 42.
Invasión de clownes en medio del ajeteo de usuarios en el Metro La Raza. La Jornada, 13 de julio 2006. p.7

¿Qué identifica o califica a un trabajo humano como obra de arte?



Elsa Laura Ogaz Sánchez

Elsa Laura Ogaz Sánchez

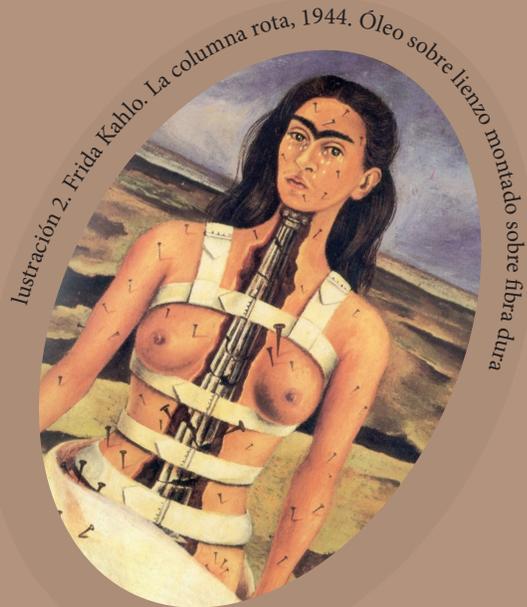
Es difícil contestar esta pregunta, ya que el arte aborda una serie de aspectos tales como la experiencia estética, la naturaleza del arte, la estructura de la obra artística, los valores y el juicio estético, además de la crítica de arte; sin dejar de lado las relaciones entre arte, sociedad e historia y la situación del arte en nuestro tiempo. No obstante, la respuesta podría ser más sencilla si nos apoyamos en Gombrich cuando asevera en su libro *La historia del arte* que “no hay arte sino artistas”, pues cada obra expresa su mensaje a sus contemporáneos no sólo por lo que contiene sino por lo que deja de contener. ¹

Existen corrientes filosóficas que nos auxilian a entender lo que identifica o califica un trabajo humano como obra de arte. La caracterización del arte suscita un problema al que se le han dado múltiples respuestas. Por ejemplo, para Platón es una apariencia respecto de la verdadera realidad: el mundo de las ideas.

Aristóteles ve en la poesía una reproducción imitativa; Kant distingue el arte de la naturaleza, la ciencia y el trabajo y habla de un arte estético o bello como modo de representación que place en el mero juicio por sí mismo, no mediante un concepto y para Hegel no sólo se plantea el problema de la naturaleza del arte que él considera como producto de la actividad humana, dirigido a los sentidos, que tiene su fin en sí mismo, sino también en la necesidad del hombre por producir obras de arte. Entonces, ¿se trata de algo accidental o de una tendencia fundamental del ser humano? Otros estudiosos como Freud se ocupa de ello y menciona que es también el de su origen (que encuentra en la fantasía inconsciente) y el de la función que cumple en nuestra vida psíquica (proporcionar un goce que disfrace y suprima las represiones).



Ilustración 1. Frida Kahlo. *Árbol de la esperanza, mantente firme*, 1946. Óleo sobre fibra dura



Para responder a esta pregunta me he basado en los escritos de Georg W. F. Hegel en la “Necesidad y fin del arte”² y en Sigmund Freud en “El arte y la Fantasía inconsciente”.³ En el umbral de la ciencia se presenta esta doble cuestión: ¿Existe el objeto de esta ciencia? ¿Cuál es? Cuando estos objetos no nos son dados por los sentidos, sino que los hallamos en nosotros como hechos de conciencia, podemos preguntarnos si no son más que simples creaciones de nuestro espíritu. Así lo bello ha sido representado como algo puramente subjetivo.

El arte como producto de la actividad humana, sugiere una serie de tópicos que habría que analizar. A través de algunos ejemplos trataré de ilustrar esta cuestión. Se dice, por un lado, que el arte se aprende conforme a reglas, aunque esto se reduce a la parte exterior, mecánica y técnica del arte, la parte interior y viva es el resultado de la actividad espontánea del genio del artista. Citaré aquí a dos artistas: Julio Ruelas (1870–1907) y Frida Kahlo (1907–1954), por ejemplo. Dos artistas que no son contemporáneos, pero que ejemplifican bien este punto.

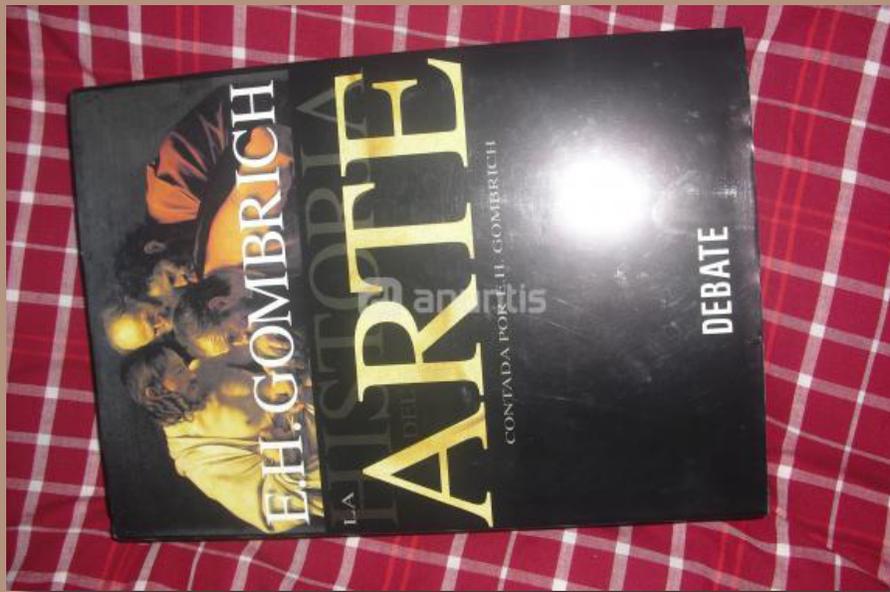
Del primero se sabe que tuvo una formación artística tanto en México como en Europa y que realizó, entre otras obras, nueve grabados en aguafuerte de muy buena manufactura en el periodo en que precisamente fue a aprender esta técnica a París, mientras que Frida Kahlo empezó a pintar, según sus propias palabras, cuando permanecía inmóvil y con dolores intensos, en su casa de

Coyoacán, “[...] mi padre tenía desde hacía muchos años una caja de colores al óleo, unos pinceles y una paleta de su taller de fotografía. Al estar tanto tiempo enferma aproveché para pedírselos y pintar [...]” Para evitar un prejuicio no es preciso caer en otro extremo, diciendo que el artista no tiene necesidad de la propia conciencia, por que en el momento que crea debe encontrarse en un estado particular del alma que excluye la reflexión.

Sin duda en los dos artistas, hay en el talento y en el genio un elemento que no brota más que de la naturaleza, pero necesita ser desenvuelto por la reflexión y la experiencia. Además las artes tienen un lado técnico que no se aprende más que por el trabajo y el hábito y sabemos que ambos artistas trabajaron a lo largo de toda su vida, constituyéndose como dos personajes importantes dentro de la historia del arte mexicano.

Asimismo, en la obra de arte la vida no es más que una apariencia superficial, el fondo es siempre de madera, de tela, piedras o palabras. Pero no es esta realidad exterior y material la que constituye una obra de arte; su carácter esencial es el ser una creación del espíritu, es decir, el arte lo aprehende y nos lo manifiesta de manera más viva, más pura y clara que como se encuentra en los objetos de la naturaleza o en los hechos de la vida real.

¿Es accidental, es un capricho o una fantasía, o bien una tendencia fundamental de nuestra naturaleza? Yo creo que lo que identifica o califica a un trabajo humano como obra de arte, es cuando el arte alcanza su finalidad: toda obra de arte contiene elementos ideológicos (las ideas del autor, de su tiempo, de su clase) mezcladas por otra parte a menudo con las ideas de otros tiempos, de otras clases, de otros individuos; por los cambios que hace sufrir a los objetos físicos, a los cuales, el artista marca con su sello y en los que reconoce sus propias determinaciones. Esta necesidad reviste diferentes formas, hasta llegar a aquel modo de manifestación de sí mismo en las cosas exteriores que llamamos arte.



BIBLIOIGRAFÍA

- CONDE, Teresa del, Frida Kahlo: una mirada crítica. México: planeta mexicana, 2007.
- Julio Ruelas. México: UNAM-I.I.E., 1976.
- GOMBRICH, E.H., La historia del arte. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- KETTENMMANN, Andrea, Frida Kahlo 1907 – 1954, Dolor y pasión. México: Taschen, 1999.
- SÁNCHEZ Vázquez, Adolfo, “Necesidad y fin del arte” y “El arte y la fantasía inconsciente”, en Lecturas universitarias, antología, textos de estética y teoría del arte. México: UNAM, 1991.
- Ernest .H. Gombrich, La historia del arte. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Adolfo, Sánchez Vázquez, “Necesidad y fin del arte” en Lecturas universitarias, antología textos de estética y teoría del arte. México: UNAM, 1991, pp.71 – 80 Adolfo Sánchez Vázquez, “Necesidad y fin del arte” en Lecturas universitarias, antología textos de estética y teoría del arte. México: UNAM, 1991, pp.71
- Adolfo, Sánchez Vázquez, “El arte y la fantasía inconsciente” en Lecturas universitarias, antología textos de estética y teoría del arte, op. cit., pp. 81 – 85.
- Andrea, Kettenmann, Frida Kahlo 1907 – 1954, Dolor y pasión. México: Taschen, 1999, p. 70

El Ensayo como Instrumento de Paradigmas Sociales



Yarelli Tapia Cruz

Yarelli Tapia Cruz

El ensayo es una interesante forma de brindar conocimiento. John Skirius sostiene que a finales del siglo XVI, específicamente en Francia, se gestaba una forma literaria jamás vista que se caracterizaba por plasmar los escritos de forma especial y natural; su creador, Michael de Motaigne, fue quien dio vida a esta innovadora manera de comunicar el espíritu del autor al público interesado.

A lo largo de los últimos 500 años, el ensayo ha sufrido modificaciones al concebir de diversas formas la relación del hombre con el mundo, transformaciones que van más allá de la construcción social para implantar nuevos paradigmas y estructuras que obligan a la sociedad a adaptarse a modelos que evolucionan vertiginosamente, cambios que son propios de esta etapa histórica: la modernidad, cuyo surgimiento se dio en Europa para después extenderse al resto del planeta y que, sin duda, modifica la forma de concebir al mundo y la construcción ensayística de éste.

En la modernidad emergen diversos cambios sociales que son impulsados por un sistema capitalista, cambiando las relaciones fraternales a relaciones contractuales donde circula el capital y domina la razón. Con la modernidad surgen nuevas formas de ver la naturaleza donde el hombre construye su cultura, es decir, una segunda naturaleza, la cual domina y pone a su servicio para satisfacer sus necesidades.

Mucho se ha hablado del ensayismo ¿Si el ensayo surgió en Europa, de dónde salió el ensayismo latinoamericano? ¿Qué tan válido es el conocimiento que genera? Es evidente que el ensayo creado en Europa, llegó al continente Americano con la colonización, pues al fusionarse las formas de vida occidental y americana se generó un mestizaje cultural que además de introducir cambios en la forma de ver la realidad también se adaptaron nuevas técnicas de transmitir el conocimiento: “Con el inicio del colonialismo en América comienza no sólo la organización colonial del mundo sino –simultáneamente– la constitución colonial de los saberes, de los lenguajes, de la memoria y del imaginario”.



Montaigne

Europa tenía su muy particular forma de entender y caracterizar a las culturas latinoamericanas, las contemplaba como faltas de razonamiento, lo cual representaba la maldad, la barbarie y la incontinencia; todo lo contrario a Europa quien representaba lo bondadoso, racional, civilizado, cultural y lo mesurado, pensamientos que llevaron a occidente a moldear el sistema social en América con base a estos principios lo cual corresponde a crear un imaginario colonial. Además, Europa desarrolló una forma de generar conocimiento que se encargó de encontrar respuestas al entorno, es decir, se desarrolló el conocimiento científico, que busca la verdad y la comprueba, éste se apoya de un método que le permite registrar el proceso de cualquier fenómeno. Lo que plantea el conocimiento científico debe ser comprobado y puede ser refutado por nuevas propuestas o resultados. Este método no es infalible porque al construir nuevas formas de explicar la realidad se desechan las anteriores construcciones por lo que se encuentra en constante cambio.

Más tarde, a finales del siglo XIX, surgieron en Europa las ciencias sociales, las cuales se encargan de estudiar a las sociedades, en especial al hombre para observarlo desde diferentes perspectivas y explicar cada una de las partes del complejo sistema social humano. Las ciencias sociales contaban con métodos para explicar la realidad de una sociedad y para ello desarrollaron sus estudios sociales que incorporaban el método científico. Así, surgen las primeras disciplinas para el estudio de la sociedad, a saber: política, antropología, sociología y economía.

En un principio, las ciencias sociales formaban parte de la filosofía, pero más tarde se separaron, pues la consideraban como carente de método y de sustento científico, es decir, tenían ideas oscuras que no se sustentaban objetivamente, además de considerársele como un sustituto de la teología, aunque la filosofía es la madre de las ciencias, sus teorías no siempre

son comprobables, pues gracias a las reflexiones que se hacen en ella han surgido las ciencias que ahora conocemos. Así, las ciencias sociales adquirieron el positivismo de Augusto Comte para dar vigencia y validez a los estudios de las culturas: “Esa visión de la ciencia y la filosofía fue afirmada con mucha claridad por Comte en la primera mitad del siglo XIX, cuando se propuso establecer las reglas que gobernarían el análisis del mundo social”, y que revolucionó la forma de hacer ciencia social, cuyo método fue capaz de comprobar lo que proponía.

En el siglo XX, la forma de desarrollar estudios de la sociedad no era sólida. Immanuel Wallerstein sostiene que las ciencias sociales no tenían un método capaz de totalizar y aplicar sus teorías en el ámbito social, pues no era posible explicar

A finales del siglo XIX, surgieron en Europa las Ciencias Sociales.

la realidad de todas las construcciones sociales del mundo con corrientes que tenían mucha carga ideológica tanto eurocentrista como estadocentrista. Es decir, existía una crisis en las ciencias sociales pues ya no era posible dar una explicación concreta y objetiva a los fenómenos sociales, éste fue el momento histórico en que las ciencias sociales reducen sus teorías totalizadoras a teorías de alcance intermedio y buscar alternativas para dar cuenta de la realidad, de cada sociedad del complejo sistema humano.

Con los cambios que se suscitaron en ámbito social, en 1945, las ciencias sociales extendieron su alcance, con la apertura de las ciencias sociales, debido al cambio en la estructura política, demográfica, productiva y el aumento de estudios universitarios en el mundo y para lograrlo, tuvieron que ir más allá del estadocentrismo y eurocentrismo con las que fueron creadas para fundar especializadas concretamente a un conjunto de fenómenos que le competen a cada una de las sociedades distintas a las estructuras de Europa y Estados Unidos.



Al abrir las ciencias sociales, se estableció un conocimiento acerca de los acontecimientos sociales, así se instauraron nuevas disciplinas como: la antropología, administración, entre otras. Además esto provocó que surgieran nuevas alternativas para dar cuenta de la realidad social: los Estudios Culturales y el Ensayismo comenzaron a tener auge gracias a esta situación.

Las nuevas alternativas de conocimiento tuvieron que luchar para comprobar que creaban conocimiento sujeto a comprobación y no construcciones vagas sin objetivo. Así, surge un contraste entre la ciencia y el ensayo, por un lado, la ciencia utiliza un método, es exacta y objetiva pues desarrolla un conjunto de reglas que tratan de explicar los fenómenos que acontecen en el entorno del ser humano; la ciencia formula leyes que permiten predecir lo que va a acontecer, da explicaciones del pasado y del presente para predecir el futuro. El ensayo es libre, no sigue las reglas de un método y está cargado de subjetividades, pero, sobre todo es un género literario que se caracteriza por no poseer una estructura definida sino que es libre y el autor utiliza argumentos que expliquen su realidad, permeado por su punto de vista y que deja al descubierto los lentes con los que mira a su alrededor, la temática puede ser cualquiera aunque se caracteriza por abordar temas sociales. Tanto la ciencia como el ensayo son formas del conocimiento moderno que se basan en la razón y la problematización de un tema.

En un principio, el ensayo estaba cargado de ideologías y pensamientos críticos del autor hacia las sociedades, fenómeno que se dio principalmente en Francia e Inglaterra, el cual ha sido el motor de gestar transformaciones sociales.

Entre las grandes obras que han sido un agente de cambio para las sociedades modernas, se encuentra *El contrato social*, de Rousseau,

que al enfatizar las críticas de la sociedad francesa implicó un factor de cambio cuando logró filtrarse a las colonias americanas, pues exponía en sus páginas las ideas de libertad y justicia.

El ensayo es definido de distintas formas, una de tantas es la de Enrique Anderson, a saber: “El ensayo es una composición en prosa, discursiva pero artística por su riqueza de anécdotas y descripciones, lo bastante breve para que podamos leerla de una sola sentada, con un ilimitado registro de temas interpretados en todos los tonos y con entera libertad desde un punto de vista muy personal”. Sin embargo, existen diversos ensayos que son extensos por lo que no todos breves.



Son diversas las formas de dar cuenta de la realidad social en América Latina, entre ellos se encuentran los Estudios Culturales Latinoamericanos, que se encargan de investigar y explicar la realidad con métodos europeos, esto es, incorporan métodos más precisos; sin embargo, éstos estudios construyen un conocimiento crítico con nuevos paradigmas para explicar la realidad de América Latina y

edificar una nueva historia, dichos estudios se integran gracias a la introducción de diversos campos, es decir la transdisciplinariedad, que permite visualizar la realidad desde diversos puntos de vista. Las Ciencias Sociales, los Estudios Culturales y el ensayo necesitan de diversos campos que permitan explicar los contextos sociales, económicos, políticos y culturales. La transdisciplinariedad se auxilia de otras ciencias para poder explicar los fenómenos y ampliar las interpretaciones y perspectivas del objeto de estudio, analógicamente, es como ver un dado de diversos ángulos y explicar lo observado, lo que cada quien vea será una interpretación distinta del mismo objeto y la transdisciplinariedad construye los conceptos a partir de los conocimientos de otras disciplinas para enriquecer el conocimiento.

*El ensayo tiene cuatro objetivos:
confesarse, persuadir, informar
y crear arte.*

A lo largo del tiempo, América Latina ha tratado de generar, desde sus entrañas, aquello que le permita expresar al mundo como un territorio autónomo e independiente no como una tabla rasa que recibe y adopta los modelos hegemónicos de Europa y Estados Unidos. Para ello, una serie de personajes intelectuales han plasmado un conjunto de ideas que intentan captar la atención de los pueblos latinoamericanos por medio del ensayismo, práctica permisible para manifestar libremente los pensamientos, explicaciones y análisis de acontecimientos a partir de hechos históricos que influyen en el presente: “La historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue, y contra lo que fue, anuncia lo que será”, el ensayo se fundamenta de los hechos históricos para explicar el presente.

El ensayismo latinoamericano es diverso, es decir, trata un abanico de temas que atañen a problemas socioculturales de América Latina, además, la forma del ensayo no es fija, es una forma de literatura que no se preocupa tanto de la forma como del contenido e incorpora

elementos de diversos géneros literarios tal como la poesía, la novela, el teatro, etc. Es de estilo libre que se caracteriza por ver al sistema con una mirada crítica que destaca la crónica de la realidad social. El ensayismo latinoamericano está cargado de subjetividad, pues su autor quiere producir un impacto en la sociedad. El ensayo rompe con los estereotipos y esquemas prefabricados de los diversos géneros literarios, va más allá para poder crear conocimiento válido y sin limitaciones.

Los ensayistas latinoamericanos se preocupan por mostrar la otra cara de la moneda y reclutar seguidores que compartan las mismas ideas, sin embargo, sólo describen y enuncian problemas, que, en su mayoría, no se resuelven; proponen programas que incitan a

reformular las instituciones; se encargan de hacer investigaciones que demuestren el estado real de la cultura en cualquier ámbito social; muchos de los ensayistas desempeñan diversos roles, además de ser ensayistas, algunos se dedican a la política, a la docencia, al periodismo, etc.

El ensayo tiene diversos objetivos, pero destacan cuatro, a saber: confessarse, persuadir, informar y crear arte. Los ensayistas latinoamericanos se introducen en el público para realizar diversas apelaciones: “Rodó incita a la juventud de América Latina a hacer inventario de su propia herencia cultural y de sus propios valores, en el clásico Ariel”. Así, estos autores provocan reacciones, pues al hacer sus declaraciones y registrarlas en su obras, son leídos por el público quien interpreta lo escrito y de esta forma despiertan conciencias que hacen ver desde otra perspectiva lo que rodea al ámbito social, político, económico y cultural, además de activar un factor de cambio que puede permanecer latente en una sociedad.

El ensayista, al introducirse en el estudio de la sociedad que va a poner de manifiesto,

Eclipse Lunar

Leonel Robles

I

*L*a luna, ínfima luz solar,
es un triste entusiasmo de solterona
que en un septiembre hostil
enciende las calderas de su pecho.
Lejana, desdibujada trama hacia lo estéril,
es un sólido líquido
que con penoso esfuerzo alcanza
el roce de palomas,
y al amparo de la luz
-la verdadera, la negra luz de la blancura-,
atardece el más hermoso cuerpo
del espejo.

II

¿Tendrá la luna acaso una etapa de celo?
¿un aquelarre de luciérnagas entre sus piernas?
El aullido de los perros
se pronuncia en eterno amor platónico,
y en el fondo de la mirada del niño
un ligero cosquilleo se refleja
cuando arrobado se acerca
a la orilla del pozo de agua
y ve el tierno par de muslos
de su compañera de juegos.

La luna debería ser puro eclipse.



III

Codicia de luz,
la forma de demostrar su lealtad es tender la solapa
de la lluvia
sobre un jardín anémico
donde los ojos de un dios enfermo
se cansan de gritar la vastedad de la niebla.

IV

Desnuda y redonda,
la luna encuentra en la rosa de los vientos
el motivo de su existencia:
orientar a los amantes
hacia los rumbos más oscuros.

V

En el centro del pantano,
la luna es más grande que la luna.



Modigliani

Presencia en el Zócalo

Eduardo Ponce

La tarde cae sobre la ciudad,
sobre el callado andar de la muchacha
que se ha quedado a solas
a la orilla del rumor de concreto inalterable.

Escuchó durante largo rato
la voz de vidrios encrespados,
y creyó en ella sin aguardar la respuesta
de los otros
porque la esperanza sólo puede
surgir -piensa- de cimientos a punto de irse a pique.

Cree en los actos de la fe
como en una presencia dispuesta a leer
en un claroscuro el vértigo del campo de batalla.
La ciudad es un desierto de luces intermitentes
y, sin embargo, ella la ignora.

Se ve así misma, ve las líneas de sus manos.
Y las compara.

El aparador de las nueve de la mañana
la espera. Eso lo sabe.

Pero ahora la esperanza la ocupa
distinta a la tristeza de su piel.

Quisiera saber de la ciudad
como de un amante a quien se le extraña
porque sabe de su imposible retorno.

Aun así la ignora.
Los gestos, las entonaciones,
la diminuta figura que levita a cada estruendo
de voces, la ocupan y la entristecen.

La Juventud



Jessica Ameyalí

Jessica Ameyalí

Te sueño, te he soñado todo este tiempo. Te sueño fuera de ese palacio, es de noche y te sientes con ganas; sin dudar lo dejas lo que traes en las manos, te quitas la guirnalda y bajas sola. Todos te miran desde lo alto, contemplan tu belleza, se deleitan con tus pasos lentos, con tu ropa ligera que esconde tu deseo y poco a poco desnuda tus pasiones.

Sueño que caminas descalza, tu osadía inspira a los que habitan y te miran desde el arco superior del palacio, te regalan su música en armonía con el viento; mientras la luna acaricia tu perfecta piel blanca; lentamente comienzas a bailar y a tu paso dejas una estela de rosas, el viento es tu cómplice, juega con tu cabello, recorre cada poro de tu piel; de vez en cuando se detiene para desnudarte, tú lo seduces, mueves tus caderas, descubres tus piernas, elevas tu pecho, rosas tus firmes pezones con tus delicadas manos; el viento no resiste, se frota contra tu vestido, aprieta tus formas contra sí mismo, te besa la piel hasta humedecerte.

A lo lejos te observo, quiero acercarme, camino despacio siguiendo tu ritmo, camino hacia ti sin saber qué decirte cuando por fin me mires. Mi corazón se agita, no quiero seguir esperando, camino más y más rápido, lleno mis pulmones de la brisa que te seduce intentando alcanzar tu olor. Tú no me notas, sigues danzando medio desnuda al ritmo del viento, me acerco más, la distancia parece una eternidad, estoy más cerca, puedo oler tus muslos, acelero otro poco, estas a punto de voltear. De pronto, un inesperado golpe me alcanza todo el cuerpo,

caigo al suelo y sólo puedo abrir los ojos para advertir la furia de un inmenso y oscuro caballo alado y su jinete.

Despierto sudando, mi corazón está destrozado por perderte una y mil veces más. No conozco tu nombre y no puedo olvidar tu magnífica belleza; apenas si te miré una sola vez y te clavaste en mi alma y los sueños.

Por el día repaso aquella breve ocasión y me arrepiento de no haberme detenido, era de noche, como en mis sueños, sólo que aquel día llevaba mucha prisa y a pesar de ello tu belleza me atrapó. No resisto una noche más, no me importan las horas de viaje ni las cosas que dejo pendientes, fijo mi pensamiento en la firme idea de encontrarte y sin dudar lo aventuro en la Ciudad.



André Allar: La juventud, 1938.

Decidí no contar las horas para no desesperarme, tengo la plena certeza de que te encontraré. Camino a la terminal y espero el camión que me ha de conducir a ti, tengo la sensación de que allá me estás esperando. En todo el camino fantaseo con nuestro encuentro, lo dibujo de mil maneras y prefiero cualquiera, y todas. Camino, lento, desde la terminal hasta el metro; me es ajeno el ruido, la gente, el esmog, no dejo de pensar en ti, repaso mis recuerdos y pesadillas.

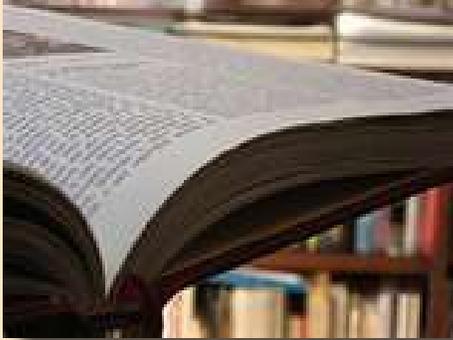
Cuando por fin salgo del metro, me maravilla nuevamente el esplendor del palacio, esta vez sí me detengo, me dejo guiar por su blancura. El sol descende y reposa sobre su cúpula coronada con un águila rodeada de musas. Creo que estoy soñando hasta que la gente me mueve a empujones, me sorprende su indiferencia. El sol comienza a ocultarse como prelude de nuestro encuentro. Vuelvo a pensar en ti, la incertidumbre de mirarte me carcome los nervios, mi corazón late más rápido y comienzo a sudar, camino hasta el mismo sitio donde te vi por primera vez. Ahí estás, te observo a la distancia, mi cuerpo se eriza, sabía que te encontraría, quisiera acercarme, pero aún hay mucha gente. Tú no adviertes mi presencia, yo me alejo a esperar el ocaso.

Juego con las distancias, por un rato camino perdiéndome entre la gente, contemplo la inexplicable y mágica arquitectura de ese monstruo blanco, miro sus serpientes, máscaras, flores, guirnaldas y demás esculturas que se yerguen desde los nichos de las terrazas, es tal mi admiración que por un momento me olvido de ti, aunque pronto recuerdo y camino rápido para volver a encontrarte. Ahí estás, tuve miedo de perderte, te veo de pie, al lado de la puerta principal arrebatando miradas, me excito aún más cuando se te acerca y te toca otra joven, las miro a ambas, sus cuerpos me fascinan.

Comienza a soplar el viento, la penumbra me estremece, ustedes siguen ahí y la demás gente ya se ha ido. Mi excitación es plena; retadora, miro a los lados y hacia atrás, los negros caballos alados que en mis pesadillas te custodian no podrán evitarlo, nos verán poseernos a la luz de la luna. No puedo resistir, me acerco, estoy ansiosa de que la brisa y mi presencia te hayan humedecido, imagino que descende una armoniosa música inspirada en nosotras. Intento alcanzarte, ella permanece a tu lado, sonriente, dispuesta. Tiemblo y me lleno los pulmones con el olor de sus cuerpos. Las acaricio con fuerza, beso tus fríos labios y me froto las ganas en tu figura escultural del mármol más delicioso que se haya esculpido.



Celestino



Anfusfo

Celestino está dispuesto a caminar por su calle favorita; entra, fiel a su costumbre, por el Pasaje Catedral, para así acortar el camino. Irónicamente sabe a la perfección que en el centro es inevitable caminar más de lo que uno tiene planeado.

Se deja envolver por los dorados adornos; por las incontables miradas que lo siguen desde todos los aparadores: santos de porcelana, libros, réplicas de cuadros; incluso la vacía mirada del pez diablo que parece convencer hasta al más incrédulo.

Como si se tratase de un divertido juego, Celestino anda persiguiendo luces: se despidió del luminoso domo del Pasaje Catedral y se sumerge en la luz del día.

Ya ni siquiera mira a su lado derecho, no le interesan las cubiertas de plástico ni los exorbitantes precios.

Aquel día precisamente, la plaza se abarrotaba de bibliófilos ávidos de descuentos. Era la feria del libro. Sin embargo Celestino apenas se inmutó y tomó inmediatamente el camino a su calle favorita.

Sabe que el lugar que lo espera es más dulce, más barato, más íntimo y más antiguo.

Ya de niño era uno de los sitios que más lo atraían, incluso antes de que la modernidad consumista intentara mancillarlo, antes de la tienda de pelucas, de los aparadores de vestidos y de Seven Eleven.

Lo recibe el Gran Remate y el primer golpe de aquel aroma que a pesar de tantos años seguía siendo su favorito. Entra, como siempre, lo reconocen y lo saludan.

La Librería Selecta, El Inframundo, Bibliofilia. Todos como si fueran una sola, el mismo aroma, la misma satisfacción. Ya no importa la presencia del resto de los locales. Sólo existen él y las librerías de DonCeles.

Sin siquiera percatarse está ya en el interior de Los Hermanos de la Hoja; una de sus dos manos ocupadas por media docena de libros.

Edificios de coloniales hechuras. Librerías que transportan a épocas remotas: El Mercader de Libros, Librería de viejo, El Laberinto.

Aquí llega a Donceles 66. Esta vez no entra, pero se declara fanático de la gente culta.

Librería Universal, Regia. El final es próximo: El Callejón de los Milagros. Y por último, el único de la cuadra como discriminado por el resto de sus compañeros, El Tomo Suelto. Un amigo que lo reconoce y hace la misma broma de las últimas veces con la misma sonrisa idiota:

–Don Celes en Donceles.

Celestino sonríe casi a la fuerza y su sonrisa dura hasta la Asamblea Legislativa, la antigua Cámara de Diputados; esta vez el gesto es irónico que se desvanece en el interior de la estación Allende del metro. Ya es otro. Ahora sólo es un anciano más de la Ciudad de México. Don Celes fuera de Donceles.

Tres (o más) Historias en una Palabra



Laura Leonor

Laura Leonor

Desde hace algunos días andaba pensando en escribir acerca de la diversidad de épocas y personas que tienen lugar en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Reflexionaba acerca de la centralidad de este espacio tanto en la ciudad como en el país y que además se encuentra en Mesoamérica.

Sin embargo, no estaba segura si la última afirmación era correcta. Así que busqué en un diccionario enciclopédico de 1995 algo relacionado con la palabra «Mesoamérica». El tercer renglón decía que las culturas maya y azteca se desarrollaron en esta zona. Me alegré de no haber olvidado del todo mis lecciones de enseñanza básica acerca de las culturas precolombinas y, aunque ya había resuelto mi duda, seguí leyendo. En la sección de Historia, que trata acerca de cómo se poblaron estas tierras, me encontré una palabra que no conocía: «Techochtitlán». No me equivoqué al leerla ni al

Esa tercera letra podía haber pasado de ser percibida o ser interpretada como un error mecanográfico por alguien que va leyendo de prisa. Pero para un lector más lento, o que no recuerda la historia o no se la sabe, o que ociosamente anda pensando en la convivencia entre el pasado y el presente, esa letra ya había hecho de las suyas creando una nueva palabra.

Entonces surgió otra duda, dejar la palabra así o dividirla con un guión para convertir la primera parte en una partícula que aluda a la modernidad tecnologizada y la segunda al islote del Lago de Texcoco donde vivían los aztecas y sobre el cual después se fue haciendo el Centro Histórico. Tecnochtitlán o Tecno-chtitlán... por nostalgia decidí dejarla sin guión.

De suerte que Tecnochtitlán, con «c» y sin guión, es seguramente una palabra mal escrita que refleja una de las maneras como se suelen hacer las palabras y por extensión la historia, la cual une lo de antes con lo de ahora, así como el Centro Histórico de la Ciudad de México.



Tenochtitlán

La realidad tras el espejo



Consuelo Matias Garduño

Consuelo Matias Garduño

En el corazón de la Ciudad de México, se encuentra la sucursal número uno de el Nacional Monte de Piedad. A un lado de la catedral. Tal vez por eso es de piedad por las plegarias que llegarán muy rápido a ésta por lo cercano . Bien custodiado tanto por los vigilantes del lugar como por los “coyotes”, que están listos para ver si alguien vende la boleta a precio de regalo por la necesidad.

Cuando lo visites “por alguna necesidad” podrás darte una idea antes de entrar. En la vitrinas repletas de “manojos” de anillos, aretes esclavas. Y se lee lote cinco mil seiscientos cincuenta pesos. Fecha de remate. En estas vitrinas se encontraran, perlas, rubíes, zafiros, brillantes , cadenas de oro florentino, torzal, oro blanco, y accesorios de los tres oros.

Terminando el pasillo, se encuentra el pasillo de varios, donde se encuentran vajillas de porcelana, cubiertos de plata, pinturas, jarrones chinos, relojes, plumas de colección bañadas en oro o de oro, relojes especiales con maquinas de rubíes y zafiros, lámparas y todas la cosas extrañas y valiosas que puedas imaginar.

También se pueden empeñar lotes de autos. Pasando estas salas esta la sala de desempeño con su respectiva sala de espera, para observar el numero de control en la pantalla y pasar por la ansiada prenda y volver a respirar seguramente por el valor sentimental?.

El patio central se ilumina con un domo impresionante, o por la mirada esperanzadora de los pignorantes en el perito valuador, en que éste resuelva sus necesidades.

Antes de eso hay que pasar por el filtro de control, después de mostrar la credencial de elector, le otorgan a uno una tarjeta con un número de pignorante el cual se lee en código de barras. Además de dos repuestos del código de barras, ciertos de que el pignorante seguramente regresará muchas veces. Y con frecuencia al inicio de año, al inicio de ciclo escolar o antes de las fiestas decembrinas se notan las largas filas para entrar o bien hay hasta quien se queda sin lograrlo y hay que volver al otro día. Esta es la postal que nos muestra el monte de piedad en el corazón de la ciudad de México.



Nacional Monte de Piedad

Calle Madero

Erla Minerva Rodríguez



Calle Madero

Caminar por Madero a las seis de la tarde, es caminar no sólo en medio del comercio, las joyas y la moda sino también entre la muchedumbre colorida. En una sola calle de pisos acerados llena de pieles de todos los estilos, todos los aromas, todos los humores, está el murmullo, un murmullo de pisadas, de palabras, de voces, de ecos y de idiomas.

Abrazados a ratos, tal vez influenciados por la música triste de un organillero, pasean los novios sin importarles los robos, secuestros, violencia, muertos.

Ahí estoy, sentada en un bloque de piedra recién pulido, bajo las notas del Cielito lindo que trae entre sus acordes un dejo de ternura y recuerdos marchitos. Y junto a mí, la gente, en su vaivén frenético, camina en grupos, en dúos, solitaria, estudiantes con libros bajo el brazo, ancianos cogidos de la mano, padres con sus pequeños hijos; pasan indiferentes junto a

una pregonera moderna que, con micrófono en mano, ofrece comida japonesa”. Yo, en medio de la vorágine, me siento triste y sola.

Camino en dirección al Zócalo. Las luces multicolores crean un juego visual como si hubieran sido pintadas por manos diestras. Ahí está México, iluminado, en los recuadros de las ventanas, en las miradas. Ahí está el México que no nos hemos permitido.

Una obra de teatro en preparativos, y unas pantallas gigantes se encienden. De nuevo la gente y el espectáculo de luces.

Retorno por la calle de Madero y voy a contraflujo de la gente y del frío como una mujer en medio de la vida.



Centro Histórico

TINTA FRESCA

Leyendo el Túnel



Laura Leonor

Hay quienes dicen que Juan Pablo Castel era un tipo enfermo que se encerró en su mundito porque no le interesaba nada que no se refiriera a él mismo. Y tienen razón. Hasta sus reflexiones acerca de la condición humana se basan en los acontecimientos desafortunados que él recuerda que le sucedieron, pues desdeña la memoria colectiva. Castel es el personaje principal de *El túnel*, novela del argentino Ernesto Sábato, publicada a mediados del siglo XX.

El libro de Sábato ha sido leído, interpretado, criticado y analizado desde diferentes puntos de vista: hay quienes admiran y reconocen la novela por su valor literario, la manera en que está escrita o los problemas existenciales que trata mediante la historia de un hombre solitario que mató a la mujer que supuestamente amaba y que era, según él, la única persona que lo había entendido.

También hay a quienes no les gusta, precisamente porque Castel es un tipo enfermo que le da vueltas y vueltas a la misma cosa en la cabeza y sus conclusiones no lo llevan más que a entorpecer sus relaciones.

Ambas posturas son aceptables. Podríamos decir que desde el punto de vista de los escritores, editores, filósofos de ciertas corrientes y gente del estilo de los grupos o sectas entendidos de literatura, que Castel detesta, esta obra es muy buena por las razones que ellos pueden explicar mejor que yo. Ahora bien, desde el punto de vista de la gente que por

*Castel es el personaje principal de **El túnel**, novela del argentino Ernesto Sábato, publicada a mediados del siglo XX.*

casualidad se encuentra con *El túnel*, o que sólo lee de manera literal sin ir más allá del contenido del relato, puede parecerle tedioso y enfermo, porque no le sirve para darle sentido a su vida.

A este último punto es al que me quiero referir en las líneas que siguen, al valor que tiene *El túnel* para darle sentido a la vida, en el entendido de que al publicarlo entra en la dinámica de la comunicación, que junto con la memoria siempre son colectivas.

La gente enferma está encerrada dentro de sí misma, entonces la tarea de la cultura es sacarla de su encierro e interesarla por el mundo, pero si lo que la cultura hace es darle ejemplos de cómo el mundo es detestable con sus detestables consecuencias y formas de luchar con él, ese mundo se va volviendo del tamaño de nuestras desgracias, propias y colectivas, lo cual le va quitando sentido:

—No, no es que fuera más superficial —agregué, como hablando para mí mismo—. No sé, todo esto tiene algo que ver con la humanidad en general ¿comprende? Recuerdo que días antes de pintarla había leído que en un campo de concentración alguien pidió de comer y lo obligaron a comerse una rata viva. A veces creo que nada tiene sentido. En un planeta minúsculo, que corre hacia la nada desde millones de años, nacemos en medio de dolores, crecemos, luchamos, nos enfermamos, sufrimos, hacemos sufrir, gritamos, morimos, mueren y otros están naciendo para volver a empezar la comedia inútil.” (p. 18) .

De manera que las personas que se sienten muy individuales, alejadas del mundo y de una sociedad que no las comprende, pueden fácilmente ponerse a recordar sus desgracias y concordar con Castel para decir que “...en todo caso, había un solo túnel, oscuro y solitario: el mío” (p. 62); o ante una escena que le pareció ridícula y se dice a sí mismo: “ya me torturaría más tarde, con tranquilidad” (p. 13). Sin tomar en cuenta la otra parte de la historia, si bien la sociedad jamás nos va a entender, pues no tiene por qué hacerlo, la otra parte es: nosotros somos los que habríamos de comprenderla y encontrar el modo de enriquecerla.

Sábato también hace notar lo absurdo de algunas de nuestras reflexiones y miedos ante un mundo que no es terrible:

Entré tranquilamente al ascensor, pues, y las cosas ocurrieron como había previsto, sin ninguna dificultad; alguien comentó con el ascensorista el calor húmedo y este comentario aumentó mi bienestar, porque confirmaba mis razonamientos. Experimenté una ligera nerviosidad cuando dije “octavo”, pero sólo podría haber sido notada por alguien que estuviera enterado de los fines que yo perseguía en ese momento. (p. 13).

Castel nos deja ver cómo la gloriosa racionalidad del ser humano, no es tan glorio-

sa como se pensaba a sí misma y que los sentimientos también existen:

Mientras volvía a mi casa profundamente deprimido, trataba de pensar con claridad. Mi cerebro es un hervidero, pero cuando me pongo nervioso las ideas se me suceden como en un vertiginoso ballet; a pesar de lo cual, o quizá por eso mismo, he ido acostumbrándome a gobernarlas y ordenarlas rigurosamente; de otro modo creo que no tardaría en volverme loco (p. 15).

Aquí sólo piensa que lo racional es lo único, siendo las emociones un mero estorbo, ésta es una de las ideas, correcta o equivocada de acuerdo al lugar desde donde se le juzgue, que constituyen el drama de su vida.

La falta de sentido que para Castel tiene la reflexión y el mundo por extensión, la resume en las siguientes líneas:

Pero imagine usted un capitán que en cada instante fija matemáticamente su posición y sigue su ruta hacia el objetivo con un rigor implacable. Pero que no sabe por qué va hacia ese objetivo, ¿entiende? (p. 17).

Cabría agregar que para darle sentido al mundo no sólo se necesitan pensamientos sino también sentimientos.

Concluyo este comentario acerca de El túnel con una invitación a leer y a escribir de manera crítica cualquier texto desde un punto de vista colectivo que permita enriquecer la comunicación, la cultura y por extensión la memoria de la colectividad.



Conocer de Manera Intensiva

Guillermo Rojas Roque

Te lo planteo como una posibilidad, no como un hecho.

La acción que resulta del verbo casi siempre condición, cualidad. Aquí afuera toda la gente es pez, nadando en la podredumbre, en el lodo; y yo que quiero ser lo más humanamente posible inhumano, ese olor a agua de mar a nadie se le despega, un olor salado que impregna a todos de todo, aunque se bañen las veces, no se quita el olor siquiera.

Todo salpicado de agua café. Humanamente imposible, pero nada, salimos.

La gente toda de afuera, la gente huele a pez. Un café y tú, más un postre. Porque los dos sabemos justamente que es eso, un plano inclinado, una hoja que se arruga y se desarruga con un movimiento de manos, donde se escribe y se des escribe (historias), se escribe y se borra. Al-



Ciudades invisibles: El fuego primigenio

gún hombre suele equivocarse, no es tura sino ura, a m a r g u r a , pura ura. No sé, pero a ti como que se te antoja otra cosa, no seas infantil y bésame como es debido.

Desde el Microscopio

El alma es como una ciudad sitiada: detrás de sus muros resistentes vigilan los defensores. Si los cimientos son fuertes, la fortaleza no tendrá que capitular. (*Epicteto*)

Las ciudades tienen sexo: Londres es un hombre, París una mujer, y Nueva York una transexual bien adaptada. (*Angela Carter*)

Todos tenemos nuestra casa, que es el hogar privado; y la ciudad, que es el hogar público. (*Enrique Tierno Galván*)

El nacionalismo es una enfermedad infantil. Es el sarampión de la humanidad. (*Albert Einstein*)

El dinero habla un lenguaje que entienden todas las naciones. (*Aphra Behn*)

Cualquier mujer que entienda los problemas de una casa, está muy cerca de entender los de llevar un país. (*Margaret Thatcher*)

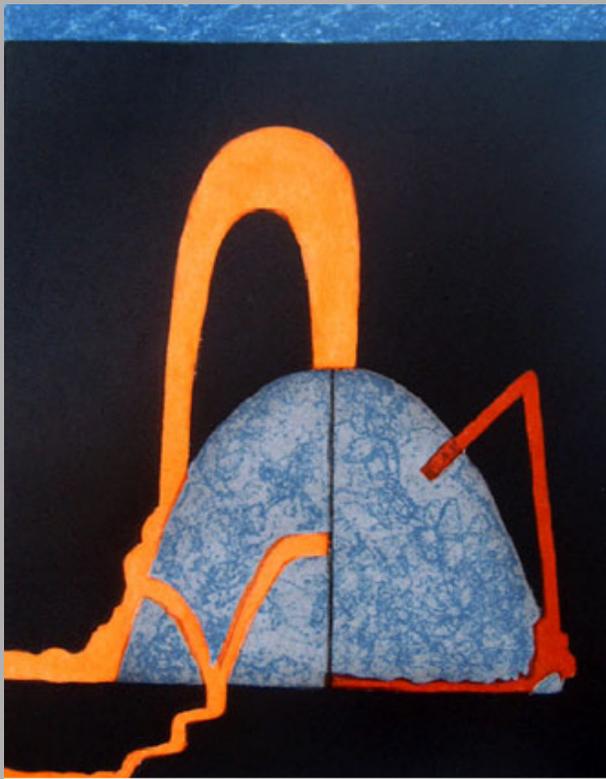
Es fascinante escuchar a una mujer extranjera que comete faltas en nuestro idioma con sus hermosos labios. A un hombre no. (*Lichtenberg*)

Promulgó una Constitución para sí mismo. Elegía auténticos ministros (la Moderación, incluso en una ocasión la Avaricia) que invariablemente eran despedidos (*Lichtenberg*)

A los ignorantes los aventajan los que leen libros. A éstos, los que retienen lo leído. A éstos, los que comprenden lo leído. A éstos, los que ponen manos a la obra. (*Proverbio hindú*)

Leonel Maciel y sus críticos

El placer de pintar sin las descargas edulcoradas del color, sin alambicamientos figurativos, estridencias y saturaciones decorativas. Pintar con el placer amargo de los negros y los blancos, con ocre y tierras que hablan de la sencillez del pasado, de los recuerdos, de la luz con que los muertos parlotean y vagan, de aquella Soledad de Maciel en la Costa Grande de Guerrero donde es costumbre fabular en la penumbra del oca-so, alrededor de las densas sombras de los puros encendidos, con las tazas de café caliente, y la presencia de los ausentes en cada sorbo y cada historia.



Carpeta de volcanes



Rinoceronte en la cuerda floja

Leonel rescata los tonos matinales y las pinceladas plúmbeas de los días lluviosos alrededor de los fogones interiores de las casas, en la infancia lenta y dilatada, en los olores del trigo haciéndose pan o tortillas dulces sobre el comal de barro. Y el café que empaña los vidrios de una niñez que viaja a través del olfato y las visiones. (*José Ángel Leyva*)

Podría decir cosas excelentes de mi amistad con Leonel allá en Tepoztlán, así como cantar bellezas de su tierra, de los Zancas, de su obra...mejor que hablen sus óleos sobre tela y otros medios. (*YanLu*)



Adorador del sol

bro, lo que sospecha que se encuentra tras esa cortina de lo cotidiano. Leonel Maciel, como buen guerrerense e impregnado del calor de su tierra, recupera, transforma, planta y armoniza los colores tropicales tan distintos de los nuestros o de los ciudadanos que al mirar sus cuadros tenemos la sospecha que estamos asistiendo a un mundo que en algún lado debe existir: naturaleza e invención se toman de la mano, no sé si para crear un nuevo espacio o para recuperar el paraíso perdido (*Leonel Robles*)

Conocí a Leonel Maciel hace muchos años. Me lo presentó la poeta Andrea Montiel, en ese entonces su compañera sentimental. Me dijo: “él es tu tocayo, un excelente pintor, y excelente ser humano”. Sabía de su relación de pareja, así que no le di mucha importancia a sus palabras. Yo no conocía nada de su trabajo plástico, aunque pronto comprobaría la veracidad de la aseveración de Andrea: la franqueza y amabilidad, su risa franca de Leonel Maciel se correspondían con la aparente sencillez de los trazos de su pintura y el colorido, que es como la explosión del fruto de la granada entre las manos de un niño, y sólo podían venir de un verdadero artista. Esto es, lo primero que me atrapó de este trabajo fue su honestidad entendida como una forma de trasladar la naturaleza o más bien, lo que está detrás de la naturaleza a un estadio particular donde toma una dimensión casi de embrujo, sin que por ello deje de ser natural. Que no se entienda en el sentido de recoger sólo lo que los ojos del artista captan de la realidad, sino en todo caso, lo que el niño ve con asom-



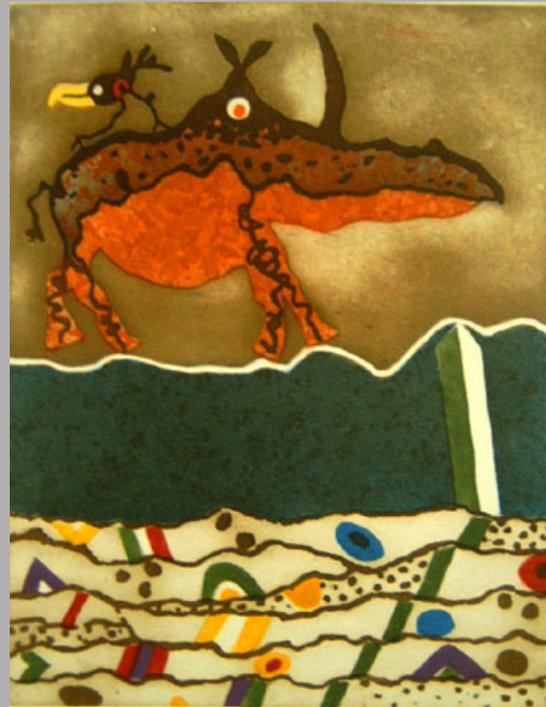
Cazador de mariposas



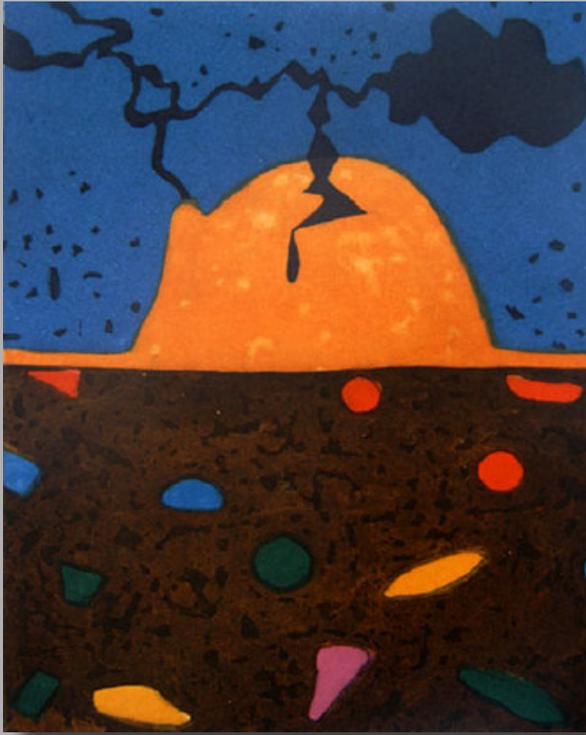
Pangea

El espacio vacío, es decir el todo dentro de las líneas, absorbe la liviandad de las flexiones corporales cuando una curva cambia de sentido para conferirle otro más cercano a la venenosa estridencia lúdica de Leonel Maciel que se nota se solaza en cada delineación como quien funda su propio reino, su sueño, su experiencia carnal, sobre la superficie plana de la nada convirtiéndolo en un absoluto frente a las miradas puras o libidinosas los extremos se tocan de los veedores. Pero eso no es todo en los grabados eróticos de Maciel. Fuera de los trazos y lineamientos de los cuerpos desnudos que se anudan en la sugestiva o apresurada inconciencia del deseo, nuestro grabador diseña todo un planteamiento ambiental en cada uno de sus trabajos, que balancea el entorno en el que los amantes furibundos se revuelcan en el seno de la felicidad que, todavía, no conoce límites. (*Dionico Morales*)

...al abrir esa puerta gris el espectador se pregunta, ¿en dónde está el artista del furor cromático? ¿en dónde oculta la dinámica de sus rojos incendiarios, sus amarillos tornasol, los verdes camaleónicos, sus negros retumbantes, toda la gama de complementarios tropicales? Uno sabe que están allí, detrás de las sombras, al otro lado de las cortinas grises de esta etapa de atmósferas que me recuerdan los techos de pizarra de París. Leonel descubre, como Tamayo, que el color se da también en la gamma de grises y en la monocromía de ámbitos donde no domina la luz sino el murmullo, los silencios y las pausas de la conversación consigo mismo y con los otros que pueblan las ausencias, los espectros que pasan en formas de nubes o de aromas. (*José Ángel Leyva*)



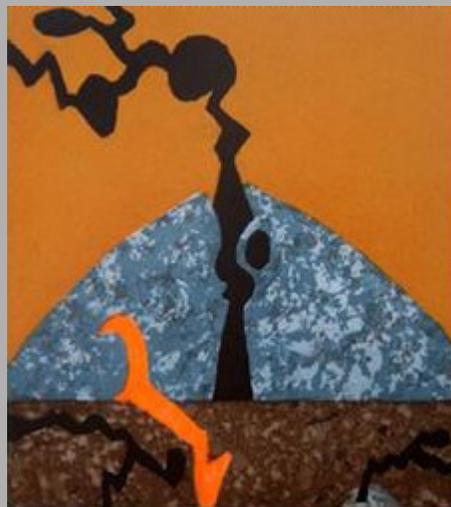
Rinoceronte en la cuerda floja



Carpeta de volcanes



Carpeta de volcanes



Carpeta de volcanes